

RELATOS CLIMÁTICOS

II Festival CLiMA

Creación Literaria por el Medioambiente



Relatos climáticos

II Festival CLIMA:
Creación Literaria
por el Medioambiente



Relatos climáticos

II Festival CLIMA:
Creación Literaria
por el Medioambiente



Relatos climáticos. *II Festival CLiMA: Creación Literaria por el Medioambiente*

Edita

Escritura entre las Nubes

Primera edición

enero, 2025

© de los textos de cada autor/a

Correctora editorial

Olga Mesa Jorge (Culturalías)

Ilustración de portada

Javier Figueroa

Diseño de la edición

Javier Figueroa

Depósito Legal

TF-5-2025

ISBN

978-84-19295-94-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de su autora o autor, salvo excepción prevista por la Ley.

RELATOS CLIMÁTICOS

II Festival CLiMA

Creación Literaria por el Medioambiente

Tenerife, 2024

ÍNDICE

ADVERTENCIA	10
ENCUENTROS	15
JOSÉ MANUEL MARRERO HENRÍQUEZ.....	16
IMPOSTURA O NATURALEZA MUERTA (1)	16
ECOCRÍTICA DEL PARAÍSO.....	16
POÉTICA DE LA RESPIRACIÓN.....	18
FILOLOGÍA VERDE PARA UN MUNDO CONTAMINADO.....	19
JAIME COELLO BRAVO.....	22
IMPOSTURA O NATURALEZA MUERTA (2)	22
ANIMALES SINTIENTES.....	22
MACARONESIA.....	23
ANTROPOCENO.....	25
RELACIÓN CON LA NATURALEZA.....	26
GABI MARTÍNEZ.....	29
LITERATURA	29
PILAR COMÍN.....	32
LA PALABRA PRECISA	32

PILAR TORRES	34
LA REVOLUCIÓN DE LA LITERATURA.....	34
ELENA BETHENCOURT	37
EL BOSQUE ANIMADO.....	37
Agustín Melián de La Rosa.....	38
DICTATURISMO	38
HOMO STUPIDUS.....	38
PARAÍSO APUNTALADO	39
Ana Tejera Aguiar.....	41
ULTIMÁTUM A LA HUMANIDAD.....	41
Ana Tejera Aguiar.....	42
PIÑA DE MAR.....	42
Argentina Oliva Gil	44
ÉL OLÍA A CAFÉ RECIÉN HECHO,.....	44
ELLA A LAVANDA FRESCA	44
Berbel.....	46
CUANDO ALGO SE INSTALA.....	46
Candelaria Ruíz Pacheco.....	48
REGENERACIÓN.....	48

Elena Padrón	50
SEQUERAL	50
Fabián Carreiro.....	52
EL DESIERTO	52
Isabel Expósito.....	54
ISLA	54
Javier Figueroa Jiménez de La Espada	56
SOY MADRE	56
José Luis Rodríguez de León	57
NATURALEZA	57
Lourdes Mondéjar Rondón.....	59
ARBUSTO DE MI ORILLA	59
Mara Dolocan Hernández	61
EL CONEJITO QUE PERDIÓ SU MADRIGUERA	61
Marcos Hormiga	64
JARUGO	64
Marilú.....	66
LA PRIMAVERA HECHA LLUVIA	66

Marisol Collado Mirabal	68
<i>ES SOLO UN BARRANCO</i>	68
Maru M. Garavito	70
<i>AMIGO GLOBO</i>	70
Amelia Pond	72
<i>LA DESPEDIDA</i>	72
Noemí Martín	74
<i>SOY NATURALEZA</i>	74
Rosa Gloria González González	76
<i>ENTRE RENGLONES</i>	76
Carmen Rosa González Martín	78
<i>RECUÉRDAME LA LLUVIA</i>	78
Sebastian McLean	80
<i>UN SUSURRO DE VIDA BAJO LA TORMENTA</i>	80
Zoila Díaz Bencomo	82
<i>SEQUÍA</i>	82
<i>Escrituras de la Macaronesia</i>	84
JORGE BARBOSA	86
PRELÚDIO	86

DESTINOS	90
NATÁLIA CORREIA	93
MADRE ISLA	93
EL POEMA	95
LAS FLORES	97
MARIA AURORA CARVALHO HOMEM	99
MERCEDES PINTO	100
¿LOS ANIMALES TIENEN ALMA?	100

ADVERTENCIA

Todas las personas poseemos un pequeño poder con capacidad transformadora, una chispa diminuta que se activa en cada elección individual, pensamiento o acción intencionada y reflexiva. Esta es una certeza de la que tengo evidencias. Cuando ese minúsculo destello encuentra la forma de crecer, sumándose a otros iguales, entregando su modesta cantidad de energía anónima al resto —que también comparte la suya—, el resultado es una potencia humana de gran intensidad. Ante ella, nada puede hacer el poder del dinero ni el ideológico ni el bélico, porque desarma sus mecanismos de control.

En la actualidad, nos enfrentamos a una destrucción medioambiental monstruosa: los barrancos, que antes servían de refugio para miles de especies únicas en el mundo, hoy están cubiertos de escombros y basuras que llegan a la costa. Si hasta hace poco la maresía inundaba con su fragancia los paseos —como la tierra entrega su aroma tras la lluvia—, hoy lo común son los vertidos y el rabo de gato sobre una tierra que agoniza.

No llueve y hace mucho calor. Necesitamos vegetación para reducir los síntomas del cambio climático, pero sigue ganando el cemento. El ser humano ha emprendido una guerra contra lo único que es divino: el clima y la naturaleza, pero en todo ha dejado una herida mortal. Quienes buscamos la paz debemos unir con humildad las fuerzas; una forma de hacerlo es a través de la escritura, de ahí nace *Relatos Climáticos*: una invitación a sumar voces pequeñas que fortalezcan la ahogada voz de la naturaleza.

Cuando ideamos CLiMA: *Creación Literaria por el Medioambiente* lo hicimos con el convencimiento de que la verdadera revolución comienza con las palabras, sobre todo cuando pasan por el tamiz literario. Creemos que las palabras, aunque se usen a favor de la naturaleza, por sí solas no despiertan interés ni resuenan, pero unidas en una especie de coro sobre un mismo suelo —como este libro— son semillas de resistencia y esperanza.

CLiMA fue diseñado para conectar esas palabras y unir las por un objetivo común: abrir un nuevo diálogo, realista y sincero, con la naturaleza. Desde la Macaronesia, este enclave nuestro que une Cabo Verde, Azores, Madeira y Canarias, propusimos reflexionar sobre las múltiples maneras en que los seres humanos nos relacionamos con el entorno, y sobre cómo esas relaciones pueden transformarse en narrativas que defiendan la biodiversidad y alerten sobre los estragos del cambio climático.

En esta segunda edición del festival, para sumar sus potencias, contamos con el apoyo de los siguientes escritores, profesores, poetas, ecologistas y colectivos literarios:

José Manuel Marrero Henríquez (escritor, poeta y profesor de la ULPGC – Las Palmas)

Jaime Coello Bravo (poeta, ecologista, abogado – S/C de Tenerife)

Gabi Martínez (escritor, periodista – Barcelona)

Pilar Comín Sebastián (bióloga, filóloga, correctora editorial, profesora – Cádiz)

Pilar Torres Navarro (novelista, abogada – S/C de Tenerife)

Elena Bethencourt (microrrelatista, poeta, filóloga, profesora – S/C de Tenerife)

Colectivo Meridiano Literario (S/C de Tenerife)

Colectivo literario Purocuento (San Miguel de Abona, S/C de Tenerife)

Colectivo literario Amagante (Canarias)

Con todos ellos exploramos paisajes —reales e imaginarios— que nos proponían un diálogo entre ética y estética, entre humanidad y naturaleza. Ese diálogo es el que late en el corazón de *Relatos climáticos*, unas narrativas y poemas breves, fruto de los talleres y encuentros, que no solo narran historias o transmiten emociones, sino que también nos hablan de nuestro lugar en el mundo y de la responsabilidad que nos concierne como habitantes de la Tierra.

Cada texto de este libro es una llamada a la acción, una invitación a mirar la naturaleza con otros ojos y a actuar desde una conciencia más amplia y colectiva. En ellos se encuentra el esfuerzo del que escribe por unir su chispa individual a esa voz poderosa e inspiradora que es la voz colectiva.

Desde Culturalias, agradecemos profundamente a quienes han hecho posible este proyecto: a las autoras y autores que aportaron sus relatos, a quienes lideraron los encuentros y talleres con sabiduría y pasión, y a todas las personas que han participado en la edición y publicación de este libro.

Gracias a ustedes, lectores y participantes de CLiMA. Gracias a las instituciones, ya que este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura del Gobierno de España, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura; y la colaboración de los ayuntamientos de los municipios tinerfeños en los que se desarrollaron las actividades (Candelaria, San Miguel de Abona y Puerto de la Cruz), en especial al Área de Cultura del Ayuntamiento de Puerto de la Cruz.

En sus manos, lectores, dejamos estos textos con la esperanza de que su modesta voz sirva de caja de resonancia para la voz de la naturaleza.

Los textos de este libro están dispuestos, en primer lugar, según el orden de intervención de los invitados. Los demás se han ordenado alfabéticamente por el nombre de sus autores.

Esta publicación no está a la venta, pero se distribuirá gratuitamente por las bibliotecas públicas de los municipios colaboradores.

Olga Mesa Jorge

DIRECTORA DE CULTURALIAS

RELATOS CLIMÁTICOS

ENCUENTROS

Las siguientes páginas de este apartado recogen pequeños fragmentos de las conversaciones que tuvimos con los invitados, según el orden de las jornadas y de intervención. Son transcripciones de algunos momentos grabados en vídeo, que conservan la frescura y la espontaneidad de la conversación en directo; narraciones y artículos voluntariamente entregados para la edición de este libro.

JOSÉ MANUEL MARRERO HENRÍQUEZ

Espacio cultural Zona Joven, Candelaria

(Tenerife, Islas Canarias)

15 de noviembre de 2024

Primera jornada de *CLiMA*

IMPOSTURA O NATURALEZA MUERTA

(1)

ECOCRÍTICA DEL PARAÍSO

A finales de los años noventa publiqué un artículo en prensa sobre el desarrollo del turismo en Canarias y su relación con la representación del tópico del paraíso en la literatura de las islas. Podría decir que mi interés por el paisaje se manifiesta por escrito por primera vez ahí, en ese texto que es expresión de mi molestia por el desastroso devenir del desarrollo urbanístico que aún hoy no acaba de corregirse. Ese artículo apareció en unas páginas centrales del diario *La Provincia* en las que también colaboraban periodistas, arquitectos y gente del mundo del arte, entre otros profesionales, y en las que puse sobre la mesa cómo el deterioro ambiental del archipiélago puede vincularse con el uso y el abuso del tópico del paraíso tanto en la literatura como en la promoción turística de estas llamadas «Hespérides». Hay muchos autores, canarios y foráneos, que reflejan con ironía y sarcasmo, cuando no con tristeza, ese paraíso en decadencia.

La ecocrítica es un asunto distinto, aunque está íntimamente relacionado con el anterior. Mi interés por la ecocrítica surgió a partir de una invitación de la Fundación César Manrique para dar una charla sobre Francisco González Díaz: escritor de finales del siglo XIX, promotor del Día del Árbol en Canarias, animalista convencido y un autor que debería leerse en los colegios. Me encontraba en el estudio de su obra cuando la revista estadounidense *New Literary History* sacó en el verano de 1999 un volumen monográfico sobre ecocrítica que llamó poderosamente mi atención. La confluencia de mis preocupaciones por el deterioro del paisaje en Canarias, la reivindicación de la figura de Francisco González Díaz y la lectura de ese monográfico fueron el detonante de mi interés por la ecocrítica que luego he continuado utilizando como sustento teórico y crítico en mis trabajos posteriores. Ahí empezó todo.

(...)

En uno de los relatos de mi libro *Escritos antiviricos* (Baile del Sol, 2024) hablo de puentes, pero no de esos que construye el niño en sus juegos, sino de otros que no son de verdad. Cuando estamos ante el ordenador, haciendo algo interesante y, de repente, aparece un enlace, picamos y terminamos leyendo, qué sé yo, la vuelta de Xuxa, por ejemplo, o cómo usar vinagre en tu retrete, entramos en una espiral de abandono sin apenas decidirlo. En ese relato hablo de lo difícil que fue (en pandemia) tender puentes entre las cuestiones que me interesaban y me ocupaban ante el ordenador y esas invitaciones a explorar noticias insulsas. Ese relato, que explícitamente no reivindica nada ni alude a ningún asunto medioambientalmente relevante, tiene como trasfondo la realidad antropocénica en que vivimos y que contribuye a confundirnos entre aquello que es verdaderamente importante y aquello que es superfluo, entre la matriz natural de la vida y los fuegos artificiales del desarrollismo en su más estulta expresión.

En otro de los capítulos de *Escritos antivíricos*, «De su propia medicina», soy más directo. En él escribo cómo el ser humano, que cree estar en la cúspide de la pirámide de la creación —donde tal vez deberían estar las plantas—, termina metido en la jaula de su pequeño pisito de ciudad, del cual no puede salir porque una cosa minúscula que ni siquiera se ve lo ha confinado. El ser humano toma de su propia medicina, «la humanidad entera prueba de su propia medicina y se da un baño de humildad: un virus la doblega y libera a los animales no humanos, que respiran a sus anchas en los océanos, en las montañas, en los desiertos, en los valles». De ahí la necesidad de firmar un nuevo pacto de convivencia universal, que modere el sinsentido de esta sociedad de consumo infinito en un espacio limitado.

POÉTICA DE LA RESPIRACIÓN

La cultura no es más que un derivado sofisticado, si se quiere, de los impulsos naturales: el ritmo y la armonía. El homínido capaz de percibir regularidades ---estaciones, ciclos lunares, mareas--- tiene más posibilidades de sobrevivir, de manera que el ritmo y la armonía que son los a priori del conocimiento son también los a priori de la captación de la belleza de las cosas. Surge entonces lo que denomino *poética de la respiración*, que no es otra cosa que una metáfora con la que reivindico la complementariedad de los distintos tipos de acercamientos artísticos al mundo, tanto los de culturas orales como los de culturas letradas y altamente digitalizadas, porque todos ellos buscan descubrir el ritmo, esto es, la respiración acompasada, de las cosas de la vida. Todas las manifestaciones poéticas de todas las culturas son complementarias y no cabe oponerlas en función de su desarrollo científico o tecnológico o espiritual. A partir de estas ideas voy trabajando con textos literarios

provenientes de culturas letradas, alfabetizadas como la nuestra, y literaturas originarias de pueblos sin escritura, lo que no significa que sean analfabetos, sino que son pueblos de oralidad primaria. Unos y otros quieren conocer. Por ello un poema no solo es una visión que trasciende la realidad, sino también una vía para desentrañarla y hacerla respirar.

Esta *poética de la respiración* late en mis textos de creación literaria, y también cuando hago crítica o investigación, porque quiero que tanto unos como otros respiren, y si no respiran bien busco la manera de lograrlo. Es una metáfora que he ido desarrollando en los últimos años y que me gustaría ampliar más.

FILOLOGÍA VERDE PARA UN MUNDO CONTAMINADO

José Manuel Marrero Henríquez (fragmento extraído del artículo con ese título, publicado en 2021 en la revista *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*).

Esa teoría de la literatura, que he denominado *poética de la respiración*, entiende que la dicotomía cultura/naturaleza no es tal sino un continuo animado por la respiración, una respiración que es compartida, real y figurada a un tiempo, y de cuyo compás y cadencia depende la salud de la cultura y de la vida.

La poética de la respiración afirma que hay una relación íntima entre el ritmo y armonía que se dan en la naturaleza y el ritmo y la armonía que se dan en la poesía en particular y en la literatura y las artes en general. Ritmo y armonía no solo son cualidades formales que dan cadencia al poema y estructura a la novela, son también cualidades propias de la vida del planeta Tierra. Es la poética de la respiración no solo una poética,

esto es, una disciplina que se ocupa de la naturaleza, principios y finalidad de la poesía y la literatura, sino también una eco-poética, pues la manera en que la poética de la respiración entiende los principios y finalidades de la literatura está influida por la conciencia de la crisis ecológica planetaria que afecta a los tiempos que corren y por el temor al colapso sistémico a que conduce la manera imperante de entender el bien y el progreso.

La respiración pone en relación la escritura literaria y la actividad crítico-literaria con el ritmo vital del planeta Tierra. No en vano, ritmo y armonía son, de manera sustancial y evidente en la poesía, y también en la literatura en general, dos características fundamentales que poesía y literatura comparten con el ritmo y la armonía que se sustentan en la Naturaleza: las mareas, las estaciones, el dibujo que las olas dejan en la arena, los estratos que se revelan en el corte de un acantilado, el ciclo menstrual, el palpito del corazón, el día y la noche, las estaciones, el año, las formas pétreas de la lava solidificada, la cadencia de la inhalación y la exhalación del aire que es el respirar.

Literatura y poesía, en la era del antropoceno, tienen la responsabilidad de dar a los lectores la posibilidad de hacerlos respirar junto con el planeta Tierra y de favorecer el ritmo acompasado de ambos. Y la poética de la respiración se compromete a alentar esa vinculación largamente debida, pues es una eco-poética que entraña una manera de entender la literatura y la poesía que conduce a poner en la crítica literaria una lente que le permita descubrir, por presencia u omisión, el palpito deseable que un texto debe contener en las tapas del libro para contribuir al bien común que ha de ir de la mano de la salud ecológica planetaria.

En una poética de la respiración la literatura es el resultado sofisticado del instinto de la vida o, en otras palabras, de la búsqueda de la belleza entendida en tanto herramienta fundamental para la supervivencia. Porque las recurrencias de la belleza no solo son estéticamente relevantes, también son una propiedad de la naturaleza que

se pone de manifiesto en las formas biológicas caracterizadas por patrones de orden en el tiempo y en el espacio. La belleza de la estructura fractal de las plantas y el sistema vascular de los animales está omnipresente en la biología de la vida, porque la biología necesita de regularidades para tener éxito en el sostenimiento de la vida. El encuentro ecocrítico de estas regularidades, a veces difíciles de aprehender, depende de las aptitudes estéticas que son la esencia de un placer mental que cuando lee busca y exhibe la misma cantidad de ritmo y armonía que la naturaleza tiene.

JOSÉ MANUEL MARRERO HENRÍQUEZ. Escritor, poeta y ensayista. Es una figura reconocida de la ecocrítica hispánica y europea. Doctor en Filología, profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ha publicado numerosos trabajos sobre la representación paisajística y animal en la literatura y sobre diversos tópicos y autores de las tradiciones literarias de España y Latinoamérica. Es vicepresidente de Asociación Europea para el Estudio de la Literatura, la Cultura y el Medioambiente (EASLCE), y forma parte del consejo asesor de *Ecozon@ Revista Europea de Literatura, Cultura y Medioambiente*.

JAIME COELLO BRAVO

Espacio cultural Zona Joven, Candelaria

(Tenerife, Islas Canarias)

15 de noviembre de 2024.

Primera jornada de *CLiMA*

IMPOSTURA O NATURALEZA MUERTA

(2)

ANIMALES SENTIENTES

En alguna ocasión, cuando ha llovido y el agua ha corrido por los barrancos, he oído comentarios del tipo «toda esa agua desperdiciada que se va al mar». Hay que comprender que no somos los únicos que necesitamos agua. Debemos respetar el caudal ecológico para que sobrevivan los animales y las plantas, proteger su hábitat y los entornos naturales. Si llenamos de presas los barrancos se morirían.

Entonces, esa empatía que estamos reclamando para los seres humanos, y que es tan necesaria, sobre todo para quienes están sufriendo guerras, hambre e injusticias, debemos extenderla a todos los seres vivos. Un error de la ley de Bienestar Animal y de algunas corrientes animalistas es considerar animales sintientes solo a los domésticos, a los animales de compañía. Un lagarto gigante de Gran Canaria —al pobre se lo están comiendo los gatos y las culebras— no es considerado un animal sintiente, según esta ley, por tanto, no se reconoce su capacidad para experimentar emociones y sufrimiento, no al menos de la misma forma

que un perro o un gato. De esa manera, tampoco se fomenta la sensibilización y la educación en valores relacionados con la protección de estos animales. Lo triste es que el lagarto de Gran Canaria, al igual que otras especies de nuestro archipiélago, es único. Si lo perdemos de Canarias se pierde en todo el mundo y para siempre.

Hay un montón de amenazas que están ahí, como minas antipersonas, colocadas para que, en cualquier momento, las pisemos y estallen. Creo que hay que romper ahora mismo con ese paradigma y avanzar hacia otros escenarios más alentadores, que nos permitan una vida mejor para todos los seres vivos.

MACARONESIA

Azores es un archipiélago formado por nueve islas, con una superficie total de unos 2300 km², es decir, todas las islas juntas ocupan un territorio algo mayor que la isla de Tenerife, y su población es de solo doscientos treinta mil habitantes —si lo comparamos con Tenerife, que tiene un millón—, lo que supone un diez por ciento toda la población de Canarias. El problema allí es que se deforestó el bosque original con fines ganaderos y se han introducido muchas especies exóticas. En los últimos años ha irrumpido el turismo de masas en islas como la de San Miguel o Fayal, pero es un turismo estacional, de primavera y verano, y se han tomado medidas rápidamente para ordenar las visitas en los lugares masificados. Entre esas medidas está la de cobrar por el acceso a lugares protegidos o establecer aparcamientos de pago, con un sistema de guaguas lanzaderas para hacer la visita de forma más controlada. Claro que la economía sigue estando diversificada, con un sector primario que tiene un peso importante en todo el archipiélago.

Si nos fijamos en Madeira vemos que es una isla con un tamaño similar a La Palma, pero con trescientos mil habitantes. Allí, los desmanes relacionados con el turismo ya se empiezan a ver, aunque cuenta con dos «ventajas» relativas: por un lado, la población está más concentrada —en Funchal, su capital, vive más de la mitad de la población—; y, por otro, la red viaria. Las carreteras transcurren, en gran parte, por túneles, por eso los daños en la superficie no son tan visibles.

Respecto a Cabo Verde... es curioso, pero hace un tiempo, ese país envió una delegación a Canarias para ver cómo se habían desarrollado aquí algunas políticas turísticas y recuerdo participar en una de las reuniones. Lo que me dijeron fue que «no queremos copiar el modelo canario, venimos a aprender qué cosas no vamos a hacer allí». De hecho, en Cabo Verde, han sacrificado espacios para un uso casi exclusivamente turístico, como Isla de Sal, pero han mantenido perfectamente conservadas otras. Han tomado un camino intermedio.

Sin ninguna duda, Canarias es el archipiélago más machacado, más masificado y destruido. Aquí, además de esos dos millones de residentes, que ya es una cifra escandalosa e insostenible, este año 2024 alcanzamos los dieciocho millones de turistas. Lo peor es tener que oír al Gobierno de Canarias decir que esto es un logro. Hoy, en la sede del Cabildo de Tenerife está el representante de la CEOE y de la Cámara de Comercio jactándose de que, gracias al turismo, Tenerife es el motor del empleo de Canarias, pero yo les preguntaría: ¿a qué coste?, ¿qué tipo de trabajo? Lo sabemos, es precario. Estamos a la cabeza en desigualdad social, y no solo de España, sino de Europa. Hace poco leí un artículo en la SER que se titulaba: «Canarias arrastra las peores cifras de pobreza de la Unión Europea». Los mensajes positivos de unos y la realidad no encajan.

ANTROPOCENO

Una de las cosas que más me han enriquecido en la vida es haber nacido en una casa rodeado de geólogos. Me enseñaron a comprender el tiempo de otra manera; por ejemplo, en geología todo lo que tiene menos de un millón de años es reciente, pero nos han educado a vivir a toda velocidad y no, la naturaleza tiene su propio ritmo.

Cuando escuchaba a José Manuel hablar de la poética de la respiración me recordó ese concepto del ritmo ecológico y de los procesos geológicos en los que se producen tantas transformaciones. Las edades geológicas están divididas en muchos periodos, y ahora se está imponiendo una corriente, que viene dada por la Comisión Estratigráfica Internacional (la entidad encargada de establecer los períodos geológicos), para que empecemos a llamar antropoceno al momento actual: una nueva época geológica marcada por el impacto significativo de la actividad humana en la Tierra y sus sistemas. Este es un debate que está actualmente en esa Comisión. Hay otras voces que consideran la llegada de la agricultura el inicio de esta era; otras, lo sitúan en la revolución industrial; y, otros, cuando comenzamos a detectar radiaciones de las explosiones atómicas en cualquier lugar de la tierra. Si te vas al Antártico o al Ártico vas a detectar radiaciones por bombas atómicas. En cualquier caso, lo que el término antropoceno te viene a decir es que en toda la superficie de la tierra tenemos rastros de actividad humana. Si ahora nos extinguiéramos y llegara al planeta una civilización extraterrestre que empezara a hacer la estratigrafía, encontraría todos nuestros restos: desde plásticos, contaminantes químicos de todo tipo y más... Todos los que estamos aquí ahora mismo tenemos microplásticos en nuestro interior. El director de cine David Cronenberg realizó una

película muy perturbadora en la que seres humanos comen plástico. Esa era de los comedores de plástico ya ha llegado.

RELACIÓN CON LA NATURALEZA

El problema radica en nuestra mala relación con la naturaleza. Nosotros deforestamos y los animales no tienen donde vivir. Se ven obligados a vivir en nuestras ciudades y sus virus pasan a ser nuestros virus, por lo tanto, la cuenta atrás de una nueva pandemia ya está en marcha. Es probable que todos los que estamos aquí ahora mismo seamos confinados de nuevo o se nos intente confinar, pero no dentro de veinte años, a lo mejor dentro de cinco. Esto se debe a nuestra manera de concebir la relación con la naturaleza. Nadie quiere renunciar a un teléfono móvil, un ordenador... , pero los minerales vienen de esas selvas, donde viven animales que estaban en sus propios ecosistemas y no han tenido contacto con los seres humanos.

No somos capaces de decrecer, de renunciar a nada, incluso sabiendo que con ello nos evitaríamos un daño. No ha cambiado nada desde la pandemia del coronavirus, que mató a siete millones de personas en el mundo, y ya nos hemos olvidado. Algunos dicen que siete millones no es nada comparado con los 8200 millones de personas que hay en la actualidad, pero todas esas personas que murieron tenían familia, sueños, querían vivir, como nosotros, que tuvimos la suerte de superarlo. Lo triste y grave es que esa situación, irremediablemente, la volveremos a vivir, y a lo mejor nos tocará a nosotros morir, porque no estamos haciendo nada para remediarlo. Nuestra relación con la naturaleza no ha cambiado.

VALIOSO

Nos perdimos cuando quisimos ponerle un techo al cielo y un precio al suelo.

Nos morimos cada vez que empaquetamos miradas y recuerdos.

No hay nada más valioso que ese instante
en el que te quedaste a solas con el mundo.

Nada hay más precioso que tú,
cuando sentiste que eras parte de la naturaleza.

Sin ganas de poseerla, ni dañarla, sin deseo alguno de hacerla tuya.

No hay victoria ni derrota,
solo conciencia de ser grano de arena
en la gran historia de la Tierra.

Hasta los billetes que nos enseñaron a adorar desde pequeños,
están hechos de plantas.

Podrán comprar ataúdes más lujosos,
pero nunca acompañarán a nadie
en su viaje de regreso al suelo.

Ese grano de arena se desliza a cada instante,
hacia la parte inferior del gran reloj de la vida.

Como un rayo de sol reflejado en el mar,
brillamos con intensidad para luego apagarnos.

Entonces, ¿por qué luchamos contra lo que somos: tierra y agua?

¿Por qué nos empeñamos en ir más rápido hacia ninguna parte?

Cada día, el viento nos trae una bandera blanca.

Los seres vivos que comparten con nosotros esta arca,
nos piden paz.

Desde este alto acantilado escuché esa canción de armisticio.

Ojalá los generales que mandan este ejército pudieran oírla,

quizás así envainaran sus sables y apagaran las hormigoneras,
quizás se decidieran entonces a retirar sus palas y excavadoras.
También ellos son rayos fugaces que acabarán sus días siendo tierra.
Entonces, volverán a la madre que repudian,
a alimentar a los seres que desprecian.
No somos dueños de nada,
nada tenemos.
No importa.
Basta con la brisa que llega del mar y el aroma a brezo.
Basta con el canto de un canario que se mezcla con el fragor del oleaje.
Quizás alguien quiera comprar todo eso,
pero no está en venta.
Es de un valor incalculable,
porque es lo que sentí.
Y ahora es lo que soy.
En algún lugar de la Macaronesia.

(mayo de 2024)

JAIME COELLO BRAVO (Tenerife) es titulado en Derecho y Máster en Política y Gestión Medioambiental; director de la Fundación Telesforo Bravo-Juan Coello y ecologista veterano, conocedor de la realidad medioambiental de la Macaronesia. Su abuelo materno fue el prestigioso científico y geólogo Telesforo Bravo y su padre, Juan Coello, sobresalió en el mismo campo. Ambos fueron miembros de los patronatos de los parques nacionales de Caldera de Taburiente, del Teide y de Garajonay.

GABI MARTÍNEZ

Biblioteca pública de San Miguel de Abona

16 de noviembre de 2024

Segunda jornada de *CLiMA*

LITERATURA

Empecé a investigar sobre cómo las personas nos relacionábamos con la naturaleza a través de la literatura y, en un momento dado, comprobé que todo el mundo se refería a esa literatura como *nature writing*. ¿Por qué recurrimos a un término anglosajón?, pensé, y entonces entendí que habíamos creado una distancia entre nuestra narrativa y la naturaleza. Pero si tanto hablamos de lo necesaria que es la «proximidad» por qué no crear un término cercano que incluya esa idea que pretendemos proyectar los que escribimos este tipo de literatura. De ahí surge la palabra *litenatura*. (...)

En su discurso de ingreso a la Real Academia Española, en mayo de 1975, Miguel Delibes no habla de literatura, habla de crecimiento cero. Le dieron una palmadita en la espalda, muy bien, Miguel, tú dedícate a escribir que del crecimiento ya nos ocupamos nosotros. Lo que vino después fue la colonización turística de toda la costa y también del interior. Por supuesto, de forma equilibrada y bajo control, el turismo trae riqueza, pero habrá que dosificar la cantidad porque el veneno está en la dosis. (...)

A partir de los textos de *litenatura* estamos permitiendo que los lectores descubran el universo que surge a partir de la relación con la naturaleza. Por ejemplo, a partir de un caracol, un azor, unas anguilas, el

mar o los deltas... podemos acceder a lo más íntimo de la condición humana. Quienes se acercan, generalmente de forma desprevenida, a lo que aporta esta literatura, se impresionan por la calidad de la propuesta y quieren contarlo a los demás. Ahí comienza a tejerse una red que va despertando el interés por esta literatura que nos explica el mundo, una escritura políticamente tan importante que creo que estimula a la sociedad civil a movilizarse de verdad. La literatura pone en tela de juicio cuestiones que, ahora mismo, están dirigiendo a una sociedad que sin duda debe cambiar muchas inercias.

La literatura te permite hablar desde la ficción o la no ficción. La primera te permite hacer una crítica más abierta que puede llevar a lugares más reactivos, a la acción física, pero es una pena que ese trabajo no lo esté haciendo el periodismo. Desde hace un tiempo se ha ido forjando la idea de que el escritor es un activista, pero yo no soy activista, soy escritor. Quienes leen mis libros lo saben. No predico, expongo. He llegado a todo esto, y estoy moviendo los festivales de literatura, por el camino de la literatura no del activismo. Gran parte de la intelectualidad está jugando a mercado, y ha perdido de vista este riesgo antiguo con el que yo creo que casi todos los escritores han crecido y al que yo quiero atenerme: contar la condición humana con todos sus claroscuros.

La mirada que la literatura propone sobre el mundo debe ser lo más completa posible, por eso no debe encasillarse. Se trata de entender lo que está sucediendo y qué puede pasar con todos los que cohabitan esos espacios que se narran. *Delta*, por ejemplo, es un coro biodiverso donde puedes escuchar al terrateniente, al agricultor, al cazador, a los arroceros, y también al flamenco, al chorlitejo, el río, el mar... y todos los factores que están haciendo que el delta del Ebro sea como es, y que ayudan a intuir qué puede pasar con ellos en el futuro. Se trata de ponerlos a todos a dialogar, de tal manera que se empiece a comprender lo que está pasando. El libro, en realidad, se anticipa a la dana de Valencia.

A mucho de lo que va a pasar. Si literariamente se proponen coros biodiversos, los lectores de esos textos podrían ampliar su visión, pensar ecosistémicamente, de forma que el libro se perciba como una totalidad, mayor a la que hemos recibido hasta ahora.

Existe un peligro contra los libros que hablan de naturaleza, no de forma infantilizada o bucólica sino real, porque no se quiere, desde algunos ámbitos, que la idea de naturaleza se exalte en los textos.

GABI MARTÍNEZ (Barcelona) es escritor, guionista y periodista español. Considerado uno de los renovadores de la literatura de naturaleza, con más de quince libros publicados en editoriales tan destacadas como Alfaguara, Destino, Seix Barral y otras. También es autor de multitud de artículos, publicados en El País y otros medios, además de director del Festival LiterNatura y codirector del proyecto Animales Invisibles. Ha sido reconocido por su trabajo y difusión de la literaturatura en diferentes países.

PILAR COMÍN

Biblioteca pública de Puerto de la Cruz

(Tenerife, Islas Canarias)

21 de noviembre de 2024

Tercera jornada de *CLiMA*

LA PALABRA PRECISA

Al corregir un texto de tema científico (tanto si es de nivel profesional como si es divulgativo) es crucial ser neutral y no intervenir en el contenido ni en tono. El texto tiene dueño y, aun si el punto de vista del autor no le complace al corrector o, incluso, si este detecta falsedades, hay que mantener la voluntad comunicativa del autor. (Se puede poner una nota o proporcionar una fuente de información, siempre pensando bien cómo se recibirá esa aportación del corrector).

Ciertamente, no es lo mismo cambio climático que crisis climática, por ejemplo, pero es el autor del texto quien decide qué terminología usar en función del mensaje que quiera transmitir. Sería distinto si el término fuera erróneo. Por ejemplo, desde el punto de vista de la química, los términos *carbohidrato* o *hidrato de carbono* no son correctos; lo correcto es *glúcidos*. Esa es una corrección que hay que hacer. Otra corrección habitual —siempre que se haya encargado una corrección de estilo profunda— es eliminar toda referencia que pueda sugerir intención por parte de animales y plantas. Por ejemplo, cabe corregir la frase «las rosas tienen espinas para defenderse de los animales». Las rosas no tienen voluntad ni hacen nada con una finalidad, por lo que lo adecuado en ese texto (que está poco reflexionado) es «las rosas tienen espinas, que alejan a los animales» o «las rosas tienen en las espinas una defensa frente a los animales» o «las espinas les sirven a las rosas para evitar que se las coman

los animales», entre otras formas posibles. Esta corrección no modifica la voluntad del autor, cuyo error deriva de trabajar poco el texto; por supuesto, este tipo de intervención hay que consensuarla con el autor o el editor.

Otro ámbito frecuente de controversia: los términos de *eco*, *orgánico* y otros que quieren indicar ciertas cualidades. En esencia, tal uso responde a una estrategia de ventas; eso es mi opinión de científica y, como ciudadana, lo considero un timo. Sin embargo, lingüísticamente no hay nada que corregir si el autor del texto ha empleado esos términos (la palabra *orgánico* sí se podría corregir por su significado estricto). El corrector o el traductor puede rechazar trabajos con textos que considere manipuladores o falsos o que defiendan ideas que le resultan inadmisibles. Lo que no puede hacer es aceptar el trabajo y luego introducir su punto de vista, pues, en ese caso, el principio ético se convierte en conducta antiética.

En conclusión, todo texto tiene intención y usa la lengua para provocar una reacción en quien lo lee o, incluso, modificar su pensamiento. Eso es responsabilidad del autor; la del traductor y la del corrector es no modificar la voluntad comunicativa del autor y, al mismo tiempo, mantener la máxima precisión terminológica y sintáctica.

PILAR COMÍN (Barcelona) es licenciada en Biología y en Filología Árabe. Correctora, editora de mesa, redactora y, en algunas ocasiones, traductora de catalán a castellano. Es autora del blog *Atutía para textos*, consagrado a asuntos de lengua y corrección. Imparte docencia sobre las incorrecciones de ortotipografía, léxico y sintaxis más frecuentes en castellano y sus soluciones, tanto estudios oficiales en la universidad como talleres a medida.

PILAR TORRES

Biblioteca pública de Puerto de la Cruz

(Tenerife, Islas Canarias)

22 de noviembre de 2024

Cuarta jornada de *CLiMA*

LA REVOLUCIÓN DE LA LITERATURA

Parece ser que la escritura sobre la naturaleza vuelve a estar de moda. En los últimos años se ha convertido en un nuevo y exitoso nicho de mercado, que ahora no solo apoyan las editoriales independientes — pioneras en su publicación—; sino también los grandes sellos. El lenguaje de los bosques, la nación de las plantas, la memoria de las hojas, el sentimiento de las flores y hasta del mundo del subsuelo son algunas de las temáticas de unos libros, que ya no se incorporan en las secciones de botánica, ni al lado del *National Geographic*; ahora tienen un espacio y nombre propio: *nature writing* o *literatura*.

Sin embargo, este *boom* reciente por la naturaleza no es nuevo en la literatura. Ya Goethe, Thoreau o Whitman hicieron de la naturaleza un tema habitual en sus obras; también en nuestro país tenemos ejemplos como Unamuno, Antonio Machado o Azorín. La pregunta que me surge es: ¿y por qué esta búsqueda desesperada por escribir y leer sobre la naturaleza en pleno siglo XXI? ¿Acaso la naturaleza ya no está a nuestro alcance? La única respuesta que se me ocurre es que quizás no se trata de la posibilidad de acceder a ella; sino de nuestra incapacidad para conectar

con ella. Nunca hemos tenido tanto acceso al conocimiento ni tantos medios para desplazarnos lejos y rápido, de un lugar a otro del planeta; sin embargo, este exceso de conexión nos ha traído de la mano la incapacidad de sumergirnos en una auténtica experiencia sensorial y cognitiva frente a lo natural; frente a frente, sin móviles.

Todo lo que vivimos, disfrutamos y conocemos, lo hacemos —en su mayor parte— a través de las pantallas; y hasta los viajes, que antiguamente eran grandes fuentes de conocimiento y relación con otras culturas, hoy se vive como el que colecciona monedas frente al fastuoso mercado de las redes sociales: cuanto más extraño y lejano sea el país, más vale nuestra pieza.

Recuerdo mi primer contacto con la literatura de las viajeras inglesas del siglo XIX: Elisabeth Murray, Marianne North, Olivia Stone, Frances Latimer o Margaret D'Este. Todas eran jóvenes burguesas educadas en la intimidad de sus hogares. Solían mostrar en sus libros de viajes esa superioridad racial que parecía otorgarles su lugar de procedencia, pero sus narraciones tenían algo especial, diría yo que exquisito, que las diferenciaba de los libros de viajes de los grandes exploradores y científicos. Estas mujeres poseían una mirada fina, entrenada en botánica y geografía; también una sensibilidad para el detalle pequeño, la cartografía minúscula de los espacios, el material fino de las construcciones, las hebras de los tejidos; incluso se preocupaban por conocer el nombre de las especias que daban aroma a los guisos populares. Sus testimonios estaban llenos de poesía y los volcaban en sus diarios de viaje con la destreza de un buen acuarelista.

Fue fascinante conocerlas cuando trabajé con sus libros de viajes por Canarias para la documentación de mi última novela. Como lectora, me sumergía en un micro universo delicioso; era como si observara hipnotizada una de esas pinturas del Bosco, en la que se te pierde la mirada entre los campos de trigo, los animales, las plantas y las

construcciones fantásticas sobre el agua. En realidad, entre capítulo y capítulo de sus diarios, no ocurría nada; muchas veces la acción era lentísima, pero aquellos textos me permitían respirar el oxígeno de la palabra y degustar el espacio natural: un higo, un pedazo de pan, un puñado de orégano.

De esto trata la *liternatura*, por esta razón hay un auge en plena revolución de las inteligencias artificiales. El humano ansía reconectar con lo natural; la humanidad necesita de hombres y mujeres capaces de desplegar su mirada paciente y minuciosa por un bosque y que nos enseñe a redescubrirlo con sus palabras. Necesitamos, en definitiva, escritores que tengan la curiosidad de ese niño que escarba la boca de un hormiguero, que también posea la suficiente audacia para convertir ese gesto en algo con un significado profundo e íntimo.

Como amante de la *liternatura* deseo que esta no sea una moda pasajera, ni un nuevo nicho de mercado para glotonería de las grandes editoriales. Ojalá retornemos. Tengo esperanzas; después de todo, las palabras siempre han sido poderosas herramientas para hacer cualquier revolución; y la literatura, la más afilada lanza contra los molinos de viento.

PILAR TORRES NAVARRO (Tenerife) es novelista, licenciada en Derecho, en Piano y máster en Creación Literaria. En 2015 publicó *La quinta Bella Vista* (Editorial Idea) y 2021 quedó finalista del Premio Nadal con *La llave del espejo* (Ed. Versátil).

ELENA BETHENCOURT

Biblioteca pública de San Miguel de Abona

(Tenerife, Islas Canarias)

23 de noviembre de 2024

Quinta jornada de *CLiMA*

EL BOSQUE ANIMADO

Un día no encontró ni un solo buen árbol al que arrimarse,
y la sombra en vez de cobijarle le perseguía.

ELENA BETHENCOURT RODRÍGUEZ (Tenerife).
Licenciada en Filología y profesora de Secundaria.
Ganadora de un centenar de premios literarios, entre
ellos: Premio Nacional de Poesía Infantil Charo
González (2020); Zenda de Cuentos de Navidad (2020);
XXI Premio Luna de Aire de Poesía Infantil del CEPLI
(2023); Premio Iscariote al mejor libro de microrrelatos
publicado en España (2023).

DICTATURISMO

Todas las noches, mi mujer y yo salimos a pasear por la avenida marítima que hay frente a nuestra casa. Buscamos disfrutar de la tranquilidad, alejarnos de las masificaciones que se forman durante el día —con miles de visitantes desde hace una década— e impregnarnos del efecto calmante del silencio nocturno. Nos ayuda a equilibrar nuestros sentidos ante el monstruo invisible en el que se ha convertido el ruido del *Homo sapiens*. Gritos, portazos, ladridos, coches, motos, locales de copas, restaurantes de todo a cien que ocupan la acera, antes de los peatones. A esta situación se suman los ruidos del vecino reguetonero, ese que vive todo el día desconectado del mundo con los auriculares puestos, pero que, al llegar a su casa, tiene ese sano impulso de compartir sus gustos musicales a todo trapo.

Recuerdo cuando hace una década aún se oían los graznidos de las gaviotas al amanecer y el guaña guaña de las pardelas al caer la noche. Ahora, apenas se oye el oleaje y mucho menos el canto de los pájaros en los árboles. Todo —por tierra, mar y aire— ha sido secuestrado por el ruido y la contaminación. Hasta los grillos se ahogan en esfuerzos para hacerse oír y las hormigas empequeñecen, aún más, para no desaparecer.

HOMO STUPIDUS

Cuando huimos a la naturaleza, en busca de uno de sus mayores tesoros, el silencio, nos tropezamos continuamente con ese «amable urbanita»

escandaloso y sucio, residente o visitante, que considera cualquier espacio natural su patio de recreo. Mi mujer y yo, como otros que nos quejamos de lo mismo, somos conscientes de que nuestra incapacidad para adaptarnos a la contaminación y el colapso del Homo *stupidus* nos está empujando a la extinción, igual que ha empujado a las trescientas especies endémicas de flora y fauna, únicas en el mundo, cuyo hogar eran estas islas antes de que el egoísmo, la ignorancia y la especulación las echaran para siempre. La diferencia está en que mi extinción no tiene ninguna importancia, la de ellas es catastrófica. Es curioso como algunos especímenes humanos buscan diferenciarse copiando todas las modas y poses, hasta el punto de perder la inteligencia y, vistas las consecuencias, también la cordura. Un retraso que nos ha devuelto a las cavernas del terraplanismo, los antivacunas y el negacionismo climático. Un retroceso de consecuencias ya evidentes.

PARAÍSO APUNTALADO

En la Canarias de hoy el paraíso: el de la contaminación. Hemos secuestrado hasta el sonido de la naturaleza: ni mareas ni viento, no se escucha el canto de las olas ni el de las aves, mucho menos, el de los insectos. Ni sonidos ni olores. El mar huele a podredumbre humana y los alisios no traen fragancias del pinar, solo el dióxido de carbono de los millones de vehículos, turísticos y particulares, que colapsan las autopistas. Me pregunto cómo pueden los responsables políticos permitir la venta de este «paraíso» apuntalado en relatos del pasado, con imágenes imposibles en plena miseria y descontrol medioambiental. Dice un proverbio saharauí que entre la verdad y la mentira solo hay cuatro dedos de distancia: los que separan tu ojo de tu oído. Porque lo que te contaron puede que no sea cierto, pero nadie podrá negarte lo que has

visto con tus propios ojos. Y lo que nuestros ojos nos dicen es que estamos ante un dictaturismo que aniquila nuestros derechos y los derechos de la naturaleza, para beneficio del régimen.

AGUSTÍN MELIÁN DE LA ROSA, marino mercante jubilado, exbuceador profesional; y, por fin, estudiante de Física (UNED), técnico en Salud Ambiental, técnico en Educación Ambiental, amante de la montaña, activista medioambiental, lector implacable de libros en papel.

ULTIMÁTUM A LA HUMANIDAD

—A este lo han descuartizado hace muy poco. Trae los perros y adentrémonos en el monte.

—El Bosque de los Enigmas abarca veinte kilómetros cuadrados, no será fácil darles alcance si salen a la carretera y se adentran en La Laguna o se desvían hacia otros senderos de Anaga. Avisaré a la guardia civil para que controlen las salidas principales.

Ascendimos hacia la cresta del monte, sabíamos que no era un caso aislado y que seguramente nos encontraríamos con más sorpresas. Apenas nos habíamos adentrado en la vaguada y ya teníamos el primer cadáver, los restos de un viejo Laurel de gran tamaño salpicaban con ramas y hojas nuestro ascenso. Seguimos las pisadas de varios individuos hasta alcanzar la cima.

Quedamos paralizados al observar cómo seis hombres talaban indiscriminadamente árboles de laurisilva. Los rodeamos en segundos y, cuando ya los teníamos esposados, los perros empezaron a aullar desesperadamente, como si a ellos mismos les hubieran arrancado un miembro del cuerpo. Un frío sepulcral recorrió nuestra espalda mientras a nuestro alrededor se consolidaba una espesa niebla. Todo era muy extraño. De repente, los perros callaron y pudimos escuchar el balanceo agitado de las ramas de los árboles de todo el bosque, seguido por el arrullo lastimero de las palomas endémicas turquí y rabiche: sus hogares estaban destruidos.

Era como si todo el ecosistema estuviera gimiendo al mismo tiempo y tan solo nosotros fuéramos incapaces de sentirlo. Volvió el silencio y desapareció la niebla, tan rápido como había surgido.

Arrestamos a aquellos cobardes y regresamos a la ciudad, pero ya nada volvería a ser igual. Otro duro golpe para la laurisilva de la Macaronesia. En los años posteriores pudimos observar cómo el aire se iba contaminando a pasos agigantados. La ciudad, cada vez más poblada, seguía robando espacio a los bosques. El aire era irrespirable y pronto empezaron a enfermar cientos de personas, primero los niños y ancianos, luego el resto. La naturaleza lo había dejado bien claro: ultimátum a la humanidad.

ANA TEJERA AGUIAR

PIÑA DE MAR

Allí donde habitas
 tiendes puentes entre las dos islas,
al sudoeste de los edificios y el cemento.
Tenerife y Gran Canarias acunan tu discreta vida
 para que siempre verde colorees de plata los mares
y dejes estelas luminosas
 que mimen nuestros naufragios,
estelas verdes coronadas con flores blancas
 en las playas canarias donde tú presencia silenciosa
sobrevive al olvido de tu especie.
Somos como tú nos ves
 piña de mar,
apenas unos intrusos en el limbo de tus hojas.
Para ti mis versos salados,

mis versos que piden perdón
por la destrucción de tus espacios,
de tus colores,
de tu perfecta armonía
asfixiada en nuestro caos.

ANA TEJERA AGUIAR, escritora y poeta (Tenerife). Autora de los poemarios *Brijaula verde* (2019) y *Alas de maresía* (2022), ha participado en más de veinte antologías. 1º premio de poesía en Premios AMULL (2018); 3º en poesía del II concurso Juan Antonio Cabrera Ramos (2019); 1º premio del II Concurso de microrrelatos sobre Prevención de Riesgos Laborales de MAC (2020).

ÉL OLÍA A CAFÉ RECIÉN HECHO, ELLA A LAVANDA FRESCA

Hacía rato que mi abuela y yo habíamos almorzado cuando subía mi abuelo de la tienda. Olía a grasa de las rejas correderas que cerraban la entrada. Sobre el escaparate se leía: *Librería Gil*, pero parecía más un zoco de Marrakech, y así olía el pasillo de las carteras y cinturones: a cuero y metal.

Adoraba recorrer los pasillos saltando de un lugar del mundo a otro y quedarme enganchada a destinos imaginarios. El olor sintético de los sacos de elásticos me llevaba a entornos industriales y trepaba por las estanterías de una vieja fábrica londinense. El petricor húmedo de los portales de belén me transportaba al bosque en otoño; fresco y cargado de vida, que chocaba con el olor a pólvora de los cartuchos de perdigones. No me gustaban los cazadores, pero me encantaban las cajas vacías de la munición; servirían para hacer posaderos para mis gallinas cuando fuera mayor.

El olor a libro nuevo me arrancaba de mis mundos mágicos y me devolvía a mi librería adorada. Recogiendo la falda del uniforme del colegio, me sentaba en la polvorienta escalera que subía al almacén. Con cuidado, sacaba un libro y lo abría poquito para que no se notara que se había leído. Creo que devoré toda la colección de *Barco de Vapor*.

Mi abuelo se aseaba y se desmoronaba entumecido sobre el sillón frente a la tele. No sé si la veía o solo se perdía en sus pensamientos porque apenas subía el volumen. El plato de comida humeante llegaba

enseguida y aquel hombre callado saboreaba cada cucharada. Su parte favorita, y la mía, llegaba después. El olor a café recién hecho lo inundaba todo. Nunca lo probé de niña, pero me embriagaba.

Mi abuela gritaba desde la cocina que dejara descansar a mi abuelo y la ayudara con las plantas. Juntas salíamos al pequeño patio donde atesoraba su reserva de la biosfera particular. Ella me explicaba las hierbas aromáticas, cómo diferenciarlas, de dónde provenían y su utilidad en la cocina. Era muy sabia a pesar de no haber ido a la escuela. Le encantaba hablar, lo opuesto a mi abuelo. El yin y el yang.

Mi abuelo olía a café recién hecho; mi abuela a lavanda fresca.

MARÍA Argentina Oliva Gil (Tenerife), finalista del II Concurso La Savia de El Bosque con el relato *La Anita* (Madrid, 2023), ha publicado el relato *Encuentro bajo la superficie* en la revista *Compromiso y Cultura*, (Teruel, 2023) y ha participado en el libro coral *Relatos íntimos desde el escenario*.

CUANDO ALGO SE INSTALA

Cuando algo se instala en el alma.... Se te instala. Y no hay manera ni de sacarlo, ni de esconderlo, ni de borrarlo.

Pues sí, yo he tenido también esa suerte. De esto hace años, bueno, tal vez siglos Claro que, para empezar, debería hacerlo con el rigor que se debe; o sea, decirles quién soy y qué hago aquí. Eso:

Soy isla, soy isla canaria, soy lava, volcán, riscos, acequias, colinas, llanos, playa, arenas, bruma y sentido. Soy vida, soy sueño, soy Tenerife y La Palma, soy El Hierro y la Gomera, soy Gran Canaria y Lanzarote, soy Fuerteventura.... ¡Fuerte ventura, la nuestra!

Y Dios y la naturaleza se aliaron para hacer una sola isla grande y mágica. Claro que los arbolillos suplicaron desde los confines del cielo rachas de viento para sacudirme mis melenas verdes, (y así Dios me lo concedió). Marejadas y marejadillas me lamían los linderos de mi cuerpo serrano para darme el frescor y la brisa del cielo (y Dios me lo concedió). Todos los partes meteorológicos cambiaron sus varillas térmicas para adaptarse a mi orografía y agraciarme con nubes espléndidas que derramaran agüita linda por mis hombritos jóvenes. Sacudidas, rayos y centellas molidas se adormilaron en mis propias faldas y los pobres huracanes y maremotos soñaron con no molestarme el sueño. Ni sunamis, ni terremotos conocerían mi cuerpecito gentil de isla mágica canaria. Dios sabe hacer las cosas ¡tan bonitas!

Ahora bien, llevo tiempo metiéndome en todos los telediaros y arrodillarme antes todos los «hombres del tiempo». Estoy hasta el moño de sacar a todos los santos en procesión para que llueva y de cantarle a

Santa Bárbara bendita plegarias y cancioncilla de las antiguas «qué llueva, que llueva que la Virgen está en la cueva y no sé qué de los pajaritos y que caiga un chaparrón». ¡Me niego! ¡Soy isla! ¡Isla y naturaleza y vida!

Y como isla soberana nos dejamos abrazar por este hermoso océano que nos arrulla, por estos volcanes calladitos que duermen a nuestros pies, con esta hermosa vida vegetal y animal que nos acompaña para crearnos este escenario mágico de vida. Solo le pido a Dios que no deje que me invada la calima (lo único feo), por lo demás, en mi corazón se ha instalado esta belleza para siempre. Esta belleza que se llama: isla.

BERBEL (Gran Canaria). Escritora y pintora. Survival (defensa de pueblos indígenas) y embajadora Paz-Arte-Internacional). Colaboradora de más de una treintena de colectivos. Antologada y traducida. Ha recibido distinciones y premios nacionales e internacionales. Estrella de Cultura (2023) e Hija Adoptiva de Gran Canaria (2021).

REGENERACIÓN

Me detengo al comienzo del sendero que lleva al interior del bosque. Tengo el corazón encogido, un nudo en la garganta y la boca seca, no sé si estoy preparada para entrar. Cierro los ojos y aprieto los puños; intento respirar, pero mi olfato detecta olor a quemado; quince meses después del incendio, adherido a la corteza de los pinos, el olor de la devastación sigue presente.

La noche en que se inició el fuego yo me abrasaba por dentro. Intentaba recobrar me de la primera sesión de quimio —un torbellino de sofocos, náuseas y vértigos— cuando emitieron las noticias del desastre. Durante semanas la naturaleza y mi organismo lucharon contra la quema; el calor y el viento reavivaron las llamas que arrasaron hectáreas de monte; las sesiones de quimio continuaron destruyendo mis células. Casi noventa días duraron los trabajos para apagar el incendio por completo; seis meses se prolongaron los tratamientos para combatir mi cáncer de mama.

Jornada tras jornada, los reportajes sobre los espacios dañados mostraban un paisaje desolador: árboles carbonizados, miles de plantas perdidas, aves huidas, bichos muertos... Mi cerebro, impactado, rechazaba las imágenes que visualizaba, igual que rehusaba la imagen calva que le devolvía el espejo del baño o el hedor desprendido por las uñas enfermas, la insensibilidad de los dedos o los dolores intermitentes del cuerpo extraño en el que había sido realojado.

Mi pulso se acelera cuando doy el primer paso y me interno en la espesura quemada. Camino rápido, con la vista al frente, evitando ver las

clareas provocadas por la tala y los montones de tacos renegridos apilados a orillas del sendero, pero a medida que asciendo mi andar se ralentiza y mi mirada puede captar pequeños milagros: un brote luminoso de fayal que cubre el pie de su tallo requemado, líquenes bicolors que alfombran el suelo a merced de la brisa, acículas perfumadas que crecen como vello en los troncos ahumados, minúsculos racimos de hongos que motean la pinocha... Percibo aroma a madera y a resina y a tierra húmeda. Me detengo junto a un tocón de pino; el color ambarino de su interior contrasta con la corteza negra, a su alrededor innumerables brotes tiernos proclaman exultantes que el árbol que fue sigue vivo. Me acaricio la cabeza cubierta de cabello recién renovado mientras lloro, emocionada, ante el poder regenerativo de la naturaleza, capaz de germinar entre rescoldos.

CANDELARIA RUIZ PACHECO (Tenerife). Después de casi cuatro décadas como maestra en La Gomera y Tenerife, aprovecho la prejubilación para volver a ser alumna y retomar mi asignatura pendiente: la literatura en todas sus manifestaciones.

SEQUERAL

Aquí los vientos
tienen una extraña costumbre.
No duermen,
Se topan misteriosamente con
relojes de cuerda que zigzaguean
por las secas ramas.
Ellas, viejas,
huelen a los corderos que pastan en las cuevas. Y
se saben en casa. Y escuchan a lo lejos la melodía que tararea
sabina, sabinas.
Tienen la certeza de que su belleza radica
en los años que llevan
habitando
laderas y barrancos.
Y
esperan que
nadie perturbe ese cielo estrellado
donde se columpia
en una hamaca
la paz
de una isla.

ELENA PADRÓN (Caracas, Venezuela), hija de padres canarios. Desde hace años reside en Tenerife, isla que, junto con El Hierro, considera su segunda patria. Educadora de profesión, escribe desde la adolescencia, con inclinación por el relato, aunque también cultiva la poesía. Después de participar en diversas antologías, en 2021 publica su primer libro en solitario, *Retazos* (Cursiva Books). En 2023 publica el poemario, *Tirabuzones* (Escritura entre las Nubes).

EL DESIERTO

estás cerca. ¿qué te gustaría encontrar aquí? ¿una última aventura? ¿una cicatriz? lo que te falta. te orientas sin árboles sin comas sin mayúsculas. un viento negro vulnera la gramática. la cohesión. las dimensiones del desierto quieres descubrir. lo eterno y lo precario. piensas no alcanza para vivir lo que esta tierra ofrece a primera vista. costras de sal de mares evaporados. amonites y grandes colmillos de tiburón. al sol vértebras y costillas de dinosaurios. pinturas en las cuevas. figuras humanas. jirafas. camellos. elefantes. sombras. cenizas de hogueras apagadas mil años atrás. ¿en el caos de tu vida querrías un paisaje limpio para empezar de nuevo? este es el lugar de dónde viene la calima. el abismo de la tierra. la carne de la tierra. irás a su encuentro. no te quedarás. aquí reconoces una intuición: la inutilidad de las matemáticas. las dimensiones en km². los grados que miden las variaciones extremas del clima. los metros de espesor de las arenas. nada de eso alcanza un significado para ti ¿querrías no pertenecer? es una cárcel este lugar. así es la casa en la que se ha de residir forzosamente. te orienta una vocación de pasar así la vida. ¿qué es un hogar? un lugar para sentarse. podría extenderse por todas las tierras que existen o mermar hasta recluirse al fondo de los mares. en todas partes está. dentro de ti. una piedra. una montaña de piedras. un silencio. en algún lugar tiene que empezar ¿te tengo que enseñar lo que significa este silencio? la misma pena de no verle. la misma durante años. un dolor en el corazón. un corazón despierto. ¿aun así irás donde te lleve? ¿te adentrarás en las arenas? ¿recorrerás oasis sucesivos y viejas rutas de caravanas por cauces secos hasta alcanzar las montañas? todo lo contiene

esta tierra. por eso hay gente que la habita. un campamento tuareg. ya debes saber que no existe ninguna diferencia entre un nómada de una isla y de un desierto. ¿tal vez no volverás a verlo? hace tiempo que estás en esta tierra y deberías no tenerle ya apego. para que el desierto sea. cuando te mira. queda el desierto. que solo sea lo que es. no acabas de llegar. estás lejos.

FABIO CARREIRO LAGO (Vigo, 1986) Profesor de Geografía e Historia. Actualmente reside en Lanzarote. Entre sus publicaciones destacan *Noches de naufragios* (Baile del Sol, 2020) seleccionado en el Festival Índice de 2019, *Una felicidad sin tiempo* (ACTE-Cursiva, 2021) que obtuvo el Premio Amparo Walls y el poemario *Casa de los volcanes* publicado en 2021 por la Fundación Mapfre-Guanarteme en su colección *Canarias en Letras*.

*Cúbreme las espaldas.
Que la intemperie escuche
este latido azul
que se me escapa*

I.E

ISABEL EXPÓSITO

ISLA

Del mar viene la lluvia con su
asombro en la cresta
La humedad de sus labios
rodea lo que somos
y sobreviene un beso, si un ave
solitaria
brilla en la espalda triste de una
ola
Hay montañas que hablan si las
miras:
al fondo del paisaje hacen nido
con hojas y sigilos
que el viento mece y mece

al compás que traza una
amapola
Sientan
el aroma a distancia que aquí
llega,
la memoria primera
de mis bosques
el tremor del que nazco cada
día:
árbol que llora y canta, tierra
que suena

Mi cuerpo breve se incendia
por las noches:
las palabras me rondan y se
escapan
hacia Orión con su vuelo
de brumas y de lavas

Y a veces, solo a veces, ser isla
colinda
con el miedo:

como una criatura desnuda en
la intemperie
redobla en mí la soledad de
tanto cielo.

ISABEL EXPÓSITO. Nace en El Hierro y es autora de *Isla Absoluta*, *Poemarium*, *Cuaderno de Viaje* y *Londres no mira al mar*. En 2022, la editorial Pre-Textos publicó su poemario *A instancias del agua*. Ha publicado los libros de relatos *Huéspedes de la lluvia* y *Tentativas*, y ha participado en destacadas antologías. Ha sido tercer premio de Poesía José Ramón del Valle Laveaux; primer premio de Poesía Puerto de la Cruz; accésit del premio Poesía Emeterio Gutiérrez Albelo, entre otros.

SOY MADRE

Me los comí, me los tragué y los hice míos. Les di de mamar, les di cobijo, les di sombra. Ardí, parí y cambié de forma. Escondí y mostré mi desnudez, moví los brazos, respiré y resoplé, estremecí mis caderas. Cambié de nombre, morí y regresé de otra forma; me dividí, me atravesé, me rompí, me anegué... pero no me fui. Los vi, los recibí y me los comí, me los tragué, los hice míos. No me he movido, soy eterna. Me clavan, me cortan, me aplastan, me azotan, me prenden y me envenenan. Y soy madre. Y no me he movido. Yo no me he movido. Sigo ofreciendo mis ríos torcidos, mis hojas y mis frutas de colores, las rojas, las amarillas, las verdes. Ofrezco mis aguas, la llovida y la guardada, también los lodos y los cañizos, los vientos y las calimas. Solo mírenme mi cabeza azul con canas blancas y destellos naranja; mi piel de pastos y de vello enredado; mis pezones lactando lavas; los barrancos, mis arrugas de edad, de dolores y de sonrisas. Solo mírenme. Soy madre. Yo no me he movido.

JAVIER FIGUEROA JIMÉNEZ DE LA ESPADA (Tenerife). De pequeño quedó fascinado con el Universo y, en cuanto pudo, estudió Ciencias Físicas para descubrirlo; pero su faceta creativa tomó ventaja y eligió el diseño. Se dedica a crear con imágenes otros mundos posibles y es padre a tiempo completo.

NATURALEZA

¿Quiénes se unen a la lucha?
Lo pregunto con tristeza,
se pierde naturaleza
sin amor en el que escucha.
Hoy tengo que llenar la hucha
de raíces y de flores
de los peces de colores
de las plumas con sus aves
y te pregunto si sabes.
Corregirte tus errores

Del árbol quiero un abrazo
del viento toda su fuerza
de la luna que no ejerza
la gravedad de un fracaso.
El tiempo ha puesto su lazo
la tierra se desespera
el invierno es primavera
el otoño ya es verano
y yo creo que el humano
a esta casa, él la quiera

Gavias, malpais, jable, mar

cada veril con su lapa
un perinquén que se escapa
del alcaudón, al cazar.
Bardino, sin amarrar
piedra cal en el aljibe
¿la tierra?, pal que cultive
Canarias con una alianza
que renazca la esperanza.
En aquel que en ella vive

JOSÉ LUÍS RODRÍGUEZ DE LEÓN. Lo primero que recuerdo leer en mi juventud, fue la *Metamorfosis*, de Kafka. Lo elegí porque tenía nueve páginas menos que *El principito*. El gusto por la lectura llegó tarde, pero cuando lo hizo me subyugó para siempre. Me he formado en poesía y en escritura literaria, y sigo estudiando. He publicado en la antología *La poesía es tan rara como una ardilla en la playa* y ahora trabajo en una novela y en la recopilación de mis relatos. Me defino como un lápiz tardío.

ARBUSTO DE MI ORILLA

Camino entre los callaos, me acerco a la orilla, pero las olas arrastran. No me quiero mojar, no voy descalza. El sol del mediodía me sofoca cuando comienza la marea alta. La brisa no es suficiente, le doy la espalda al mar en busca de sombra.

Deslizo la palma de las manos entre tus ramas y tus hojas y el salitre cristalizado me las moja. Y es que siempre estás ante la maresía, este rocío marino que te impregna todo, esa humedad flotante del mar, de la que bebes.

Primero me siento apoyada en tu tronco, ¡qué alivio al socaire! A continuación, me tumbo boca arriba con los brazos en cruz. Me acuerdo de Vitruvio, pero no por el famoso dibujo del hombre que lleva su nombre, sino por los tres principios de la arquitectura, firmeza, utilidad y belleza, que se me antojan puedo aplicarte. Tu resistencia cara al viento, a la temperatura y a la escasez de agua sin implorarla.

El ramaje en forma de abanico me da sombra y luz. Eres un haz de parteluces de colores según la época del año: si fuera de mayo a otoño las flores pequeñas, en espigas de cáliz rojo y pétalos blancos. Ahora las hojas de un verde olivo, un azulado, hasta el amarillo anaranjado y la corteza de tu tronco retorcido de color marrón-bermellón, conforme a tu edad.

Cierro los ojos, entre el rugir del mar se oye el graznido de las gaviotas y me acuerdo del guaá de las pardelas en las noches de verano.

En mi pueblo hay un arbusto, vale más que un potosí, en la niñez has sido escondite, de estudiante testigo del escarceo en los recreos, del pescador sotavento, caseta del indigente en la noche y hoy, donde se sueltan los perros.

—¿Qué me dices tú, tarajal de mi pueblo?

—He servido mucho más que para dar sombra. Mis ramas, la corteza, las hojas, el tronco y hasta mis cenizas han sido remedios medicinales. He sido leña incluso para tratar aguardientes, he aliviado de las picaduras de las chinches, he sido sustancia para los curtidores. Soy arbusto donde anidar las aves migratorias. Entre otras, planta melífera de avispas y abejas. Y en un tiempo fue tan preciada mi madera para las cuadernas y la carpintería de ribera que se prohibió talar. Bueno, ¡hasta doy tinte al negro! Soy *Tamarix Canariensis*.

LOURDES MONDÉJAR RONDÓN. Licenciada en Psicología y Periodismo. Maestra en Estudios de la Mujer-UAM Xochimilco. México 2003. Exdocente de la enseñanza pública canaria, especialidad en Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria. De vocación escritora, actualmente transita explorando la palabra.

EL CONEJITO QUE PERDIÓ SU MADRIGUERA

<p>Il était une fois un petit lapin qui vivait dans une grande forêt tropicale un jour il est allé jouer près de l'immense fleur et l'Armagas il s'arrangea il joue enfin bref il fera plein de chose soudain il entendit un bruit qui vena de lui-même et voilà qu'un petit écureuille vena jouer avec lui « Bonjour comment tu t'appelle dit le lapin « Mai je m'appelle Cacahuette et toi » répondit le écureuille « Et moi je m'appelle Bob » lui répondit à son tour « Ven en ma gaine à gauche gauche » lui proposa l'écureuille « D'accord » lui dit le lapin et les deux petit amie s'amusa tellement qu'il ne voyait pas le temps passer comme de vous</p>	<p>il était leur de aller à la maison les deux petit amie se dire souvent et le petit lapin se prendra la direction au se traîne la maison quand il prend la direction pour aller au terrier un petit chat lui indique qui l'est à la forêt au se traîne les deux amis le petit lapin est perdu il cherche mais toujours rien le petit lapin est désespérer et son chat Bob et veut que son ami l'écureuille vena le rejoindra pour l'aider à retrouver son terrier il cherche il cherche mais toujours rien et tout d'un coup un faucon qui volait la direction du terrier haut il aperçu versant il suivi le chemin et voilà que son terrier il attend avec tout ses petit frère et sœur bien au chaud pour attendre voilà et voilà que fini bien avec Bob Cacahuette Timi Lala Kéon T. Affani et Jiji Fin</p>



(traducción al español)

Érase una vez un conejito que vivía en una gigante selva tropical. Un día fue a jugar cerca del inmenso río Amazonas. Allí comió, jugó... En fin, hizo muchas cosas hasta que, de pronto, oyó un ruido que venía de un matorral y apareció una ardillita que venía a jugar con él.

—Hola, ¿cómo te llamas? —dijo el conejito.

—Me llamo Cacahuete, ¿y tú? —preguntó la ardilla.

—Yo me llamo Bobi —le respondió él.

—Ven, vamos a jugar al escondite —le propuso ella.

—Vale —le dijo el conejo, y los dos amiguitos se divirtieron tanto que no vieron el tiempo pasar.

Era la hora de volver a casa. Los dos amiguitos se despidieron y el conejito tomó el camino de regreso, pero cuando pensaba que estaba yendo hacia su madriguera, un cartel le indicó que estaba en el bosque de los murciélagos. El conejito estaba perdido. Buscó y buscó, pero nada. Ya estaba desesperado cuando, de repente, apareció su amiga la ardilla, que había venido a su encuentro para ayudarlo. Buscaron y buscaron, pero nada, hasta que otro cartel les indicó por fin la dirección. El conejito recobró la esperanza y siguió el camino hasta llegar a su madriguera donde le esperaban todos sus hermanitos bien calentitos. Así que todo terminó bien para Bobi, Cacahuete, Timi, Lola, Lilú, Tífani y Yayi.

MARA DOLOCAN HERNÁNDEZ (Marsella, Francia) es una pequeña artista de ocho años, de madre canaria y padre rumano. Habla tres idiomas y cursa CE2 (3° de Primaria). Desde muy pequeña ha mostrado gran interés por todos los procesos creativos. Es una gran lectora y una apasionada de la música y la danza. Curiosa e imaginativa, disfruta creando relatos que luego plasma con absoluta libertad creativa, siempre embriagada de subjetividad.

JARUGO

Jarugo, donde la mar del norte —que no es norte sino oeste insular— fue, sigue siendo, espacio caprichoso de boca barranco en el que unas dunas atrapadas en saladillo lo convierten en arena negra en invierno, rubia en verano. Lugar al que, cuando nuevos, íbamos a pasar una noche, dos, si acaso tres, a la intemperie sin más techo ni pared ni cosa parecida a un cobijo, más allá de un echadero donde primero se le antojara a uno. Majano de estrellas reconocibles, sol apuntalado de amanecida, ventolera de noreste por el pedregal de encima, malamente sombra a la vera de riscales pintarrajeados de arenas marinos, basalto volcánico, calcita de escorrentías, terracotas trazos ferruginosos, verdiazules líneas azufradas, regando de espectros matizados solo al alcance del abstracto arte antojadizo. De lo más natural.

Ni más permiso para recoger lapas y mejillones en los rompientes de algo más al norte, en torno a acantilados entre Tebeto y Teberite, alrededor de ciertas caletas cerradas —mariscos rocosos salientes para marisco por recolectar— a los lados, donde hincar la rejada entre olas de rompiente más que peligrosa, arrastre que a muchos condujo al tragadero de la mar airada, ofendida por la temeridad de lo inconsciente.

Con más derecho al uso que la juventud de los muchachejos de la capital, cierto verano, uno de tantos, llegamos a compartir espacio con lugareños de Tindaya, quizá de Esquinzo, tal vez de La Oliva como lugares más cercanos. Tiendas de campaña a pie de playa. Una poquedad para el inmenso llano de bajamar, abierta orilla de pleamar. Otro verano,

otro de tantos, nos vimos descubriendo caravanas: dos caravanas con toldo, bidones de agua, toallas tendidas, pales entoldados para cocina improvisada. Quietud compartida que a nadie hace daño. «Buenas tardes», si por un casual coincidíamos a la vera de un charquito elaborado de improviso por la bajamar de hace un par de días, ahí de más atrás.

Sobremesa de ida a la playa y vuelta a casa se convirtieron en rutina donde mis hijos hicieron volar una cometa, humana bandera solitaria expuesta al viento jugueteón. Mediodías de vamos a la playa a comer una paella fueron usanza de cada verano. Tiempo abierto a charlas de cuando yo era nuevo solíamos acampar aquí un par de días.

Hoy es el mismo lugar con idéntico viento, impertérritos trazos pétreos, igual mar del norte. Hoy, sobre un arenal de siempre que no es el de siempre por tanta pisada, se hablan lenguas reconocibles, idiomas desconocidos. El espacio, que ya es poco, es para compartir entre todos. Es comprensible. De lo más natural. Voy de tarde en tarde, cada vez con mayor tiempo transcurrido. Voy por comprobar que el tiempo me pertenece en este espacio ajeno. Solo falta una urbanización para que no vuelva. De lo más natural.

MARCOS HORMIGA. Puede que interese conocer detalles de lo que llevo impreso, pero lo siguiente da una idea más cercana de mí: Hablemos en buenos términos, si son literarios, mejor. De las personalidades artísticas, sus obras; incluso las estéticas. La cultura es tan elevada que nos separa de ella el pedestal sobre el que se erige. Sería poder de imaginación pensar en la imaginación al poder.

LA PRIMAVERA HECHA LLUVIA

Apenas lo percibió se puso la chamarra, se calzó los tenis y salió apresurada a respirar los deliciosos aromas que la naturaleza regala cuando va a llover. A medida que caminaba, se dejó atravesar por los olores que el petricor desprendía en el ambiente. Entonces, cerró los ojos, abrió los brazos y ensanchando su pecho, aspiró una y otra vez esa mezcla de aromas que exudaban las plantas y que, retenidos en el suelo y las rocas, salían en forma de bálsamo, haciéndola disfrutar del néctar liberado por la tierra.

Esa maravillosa sensación de dejarse abrazar por el reguero de fragantes, distintivos y volátiles olores que emana del suelo, justo antes de comenzar a llover, le hacían gravitar como quien se adentra en otro mundo persiguiendo olores.

Cayeron las primeras gotas y el aroma a tierra mojada se intensificó, maresía de fragancias, explosión de burbujas que liberan un perfume de extraordinaria concentración, elixir de la naturaleza. Degustar el olor a lluvia le hacía disfrutar la vida a otro nivel.

Regresó a casa y entró en la cocina. Puso unas lentejas al fuego y abrió la ventana, para que la brisa fresca inundara la estancia y observar el paisaje sin obstáculos.

En la cercanía, contemplaba una lluvia suave, aunque a ratos intensa, que la adormecía con su cadencia. Árboles, plantas y flores caían rendidos ante cada gota de agua; en la lejanía, divisaba un mediodía envuelto en brumas que blanqueaban el horizonte, un cielo encapotado de nubes y nieves que pintaban las cumbres.

Abrió aún más la ventana con la intención de que la primavera hecha lluvia se esparciera por toda la casa y se dispuso a condimentar las lentejas mientras el recuerdo del petricor aún envolvía sus sentidos.

MARÍA DE LA LUZ RONDÓN CASTRO (Venezuela), escritora por vocación. Venezolana de nacimiento con orígenes canarios, residente en Tenerife desde 2007. Diplomada en Ciencias Empresariales. Comenzó su andadura por el camino de las letras en 2014, publicando en diversas antologías publicadas en Tenerife, así como en revistas, periódicos y páginas literarias digitales de España y Latinoamérica, en las que ha obtenido diversas menciones literarias.

ES SOLO UN BARRANCO

—Hablan engañosamente en pasado: «era solo un barranco», ¡pero si aún late!

El anciano, al que habían jubilado antes de tiempo por un asunto de salud mental, poco después de llegar yo al instituto, se sentó a mi lado. Me costó reconocerlo.

—¿Carlos Mayor?

—Sí, el mismo.

—Hace veinte años que no te veo.

—Quisieron aniquilarme, pero aquí sigo—. Hizo una pausa—¿Lo oyes?

—¿El qué?

—Lo sepultaron bajo cuatro carriles: dos de ida y dos de vuelta, con sus arcones, sus quitamiedos de acero y sus ramales de acceso a los barrios. Los mismos barrios que descolgaban por sus laderas. Es el corazón originario de la ciudad y sigue latiendo. ¿Lo conociste vivo?

No respondí y dudé en marcharme, pero me quedé recordando. Conocí el barranco vivo, agonizante y enterrado. Recuerdo haberme asomado a aquellos tres enormes agujeros, de color cemento, demasiado grandes para llamarlos tuberías, muy pequeños para ser túneles. Junto a esa visión, un poco de la memoria de mi infancia: las ventanas desvencijadas de madera verde de los puestos junto al mercado en uno de sus márgenes y los fechillos herrumbrientos. Por ellas se veían unos arrullos de agua, las piedras modeladas por el cruce del torrente dulce, el salitre y las ratas, habitantes de desagües y cloacas. Recordaba los puentes

que crucé cientos de veces y los dulces de «a peseta». Corrían los años sesenta.

—Dicen que hay que encauzarlo —siguió—. Es una palabra positiva, pero supone que algo necesita cauce y el Guinguada, que yo sepa, ya tenía uno: frondoso, elegante, hasta morir aquí y aquí fue su tumba. Los aborígenes y los castellanos eligieron sus orillas; cumplió su misión durante siglos. Dio de beber a huertas, ganado y personas. Tuvimos nosotros que meter la pata.

—Según cuentan, cuando corría con fuerza daba miedo, por las inundaciones, el arrastre de troncos y el ruido de las piedras —Me atreví a insinuar.

—Boberías, compañera. «La carretera es necesaria» decían, porque el barranco no. Era el progreso: «había que soterrar el Guinguada»: sus ecosistemas, siglos de historia y nuestra identidad.

Se emocionó. No contesté, continuó rezongando mientras se alejaba.

—No es solo un barranco, también protagonizó nuestra existencia. No lo olvidemos. En el empeño por ganar una guerra contra la naturaleza, estamos perdiendo —cogió aire—, pero el loco soy yo.

MARISOL COLLADO MIRABAL (Las Palmas de Gran Canaria, 1963). Licenciada en Filosofía (Salamanca, 1986) Estableció su compromiso medioambiental con la lección *Aproximación a una ética ecológica desde Canarias* (Almogaren, ISTIC, 1990), desde entonces ha participado en diferentes proyectos relacionados. Su novela *Los cuadernos de Fagagesto* (Círculo Rojo, 2021) incluye modos de vida alternativos ligados al medio natural.

AMIGO GLOBO

Érase una vez un Globo muy grande, en él cabían muchísimas vidas porque desde el principio, cuando solo eran unas pocas, el Globo se fue expandiendo para dar cabida a todos los que querían vivir en él. Todos sus habitantes eran muy felices, podían respirar el aire que circundaba el Globo, comían de los frutos que su tierra les ofrecía, bebían el agua que manaba de él, todo iba muy bien.

Hasta que a aquellos seres les pareció poca cosa lo que aquel Globo ofrecía y empezaron a inventar nuevas formas de vivir, cada vez, aquellas criaturas necesitaban más y más, un invento seguía al otro, aquello no tenía fin, además, empezaron a sentir que no eran felices con lo poco que les ofrecía este hábitat, ya casi ni se percataban de las esenciales ofrendas que él les daba sin pedir nada a cambio. Aquellos huéspedes habían aprendido que lo que no se compraba no valía nada.

El Globo se fue entristeciendo, contemplaba el despilfarro y la frivolidad de sus visitantes, ya no le hacían caso, lo maltrataban y no querían dejar de hacerlo. Estaba herido, su dolor se fue convirtiendo en pequeñas partículas que empezaron a esparcirse entre aquellos humanos avariciosos, estos empezaron a enfermar, primero unos pocos, pero unos a otros se iban contagiando del dolor y la enfermedad de aquel paraíso despreciado.

Pasaron muchos años. Después de un largo sufrimiento, los habitantes fueron despertando muy lentamente de su letargo, comenzaron a ver lo que estaban haciendo a su amigo que tan generosamente los había acogido. Ahí comenzó el cambio hacia una

convivencia más justa con su amigo el Globo, este se empezó a renovar muy despacio, después de mucha tristeza y decepción, pero con gran compasión hacia esa especie que pareció perder la cordura.

Ahora, el aire es más puro, hay muchos parques y flores, la gente no tiene tanta prisa y se ama más, se aprecia y agradecen las cosas más importantes y lo material ha pasado a segundo término, ahora los habitantes del Globo cuando se miran unos a los otros, se ven, cuando se oyen, se escuchan y cuando se quieren se aman. El Globo ha vuelto a ser un lugar plácido donde el miedo ha desaparecido junto a la codicia que se llevó con ella la pequeña partícula que se esparció por doquier debido al dolor del Globo.

MARU M. GARAVITO. Leer y escribir son para mí dos caras de la misma moneda, aprender, soltar, ser, vivir. Una pasión que me ha hecho despertar desde mi infancia, una compañía en los momentos difíciles y un placer en la serenidad.

LA DESPEDIDA

Era nuestro último paseo juntas por el monte. Ninguna de las dos lo sabía.

Un domingo de enero, la masa boscosa del pinar nos envolvía desde los monumentales y ancianos troncos que habían echado raíces siglos atrás entre el monteverde húmedo de La Esperanza. Caminamos sobre la implacable alfombra de pinocha, que escondía el amor triste de la escasa vida que crecía en el suelo de tierra apretada y húmeda.

El viento alisio, desabrido, siseaba entre las copas de los pinos. El sol, espaciado y difuso, luchaba por colarse entre la espesura del sotobosque para entretejerse con su pelo blancuzco y borroñoso.

Tanteaba cada paso para que las puntiagudas simientes no se le incrustaran entre las almohadillas de sus patas. Apenas veía y sus oídos se habían apagado hace tiempo, pero seguía caminando, olisqueando el olor a brea, el amarillo de los corazoncitos, el rastro de algún laurel o el aroma suave, lampiño y *amadreseñado* del brezo.

A cierta distancia, paseaba yo, buscando en el bálsamo pastoso de la agrietada madera de los pinos, en el marrón tomentoso del poleo de monte o en el arrullo del herrerillo, una respuesta al dulce y melancólico tormento de verla apagarse poco a poco por la enfermedad y la pedregosa huella de los años.

Tenía la impresión de que querían decirme algo. Entonces la vi detenerse junto a un grupo de colmenillas que habían brotado al borde del camino. Me acerqué, y mi mirada se perdió en la suya: limpia, pura y cálida, como siempre.

—Estoy agotada —me dijeron sus ojos. Cerré los míos y asentí con la cabeza, sintiendo cómo el manto de pinocha se me clavaba en el corazón. El viento, que desde el principio golpeaba mi rostro con amargas punzadas, enmudeció. El sol y los herrerillos se ocultaron en la niebla.

La cogí en brazos, la apreté contra mi pecho y deshice el camino bajo una sorda y grisácea lluvia de lágrimas.

Era nuestro último paseo juntas por el monte. Había llegado el inevitable momento de la despedida.

AMELIA POND es el seudónimo de la periodista tinerfeña Nieves Nuria García. Licenciada en Filología Inglesa, con formación en comunicación y marketing, combina su amor por la naturaleza y la escritura en relatos profundamente personales.

SOY NATURALEZA

Soy la hija de un drago y una tórtola.
La nieta de un guijarro.
La hermana de un arroyo que brota de un volcán.
Tengo el mar en las pupilas: azul añil, verde agua
y la lluvia en mis entrañas
llenas de asombro y verdad.

El sol calienta mis miedos con sus rayos indomables
y la luna me reclama si en las noches soy cobarde.
Mi corazón es montaña que se eleva con ternura.
El vientre como una duna.
En los pies llevo raíces que se clavan en el barro
y en mi espalda crecen plumas
con las que vuelo insurgente por barrancos y llanuras.

Trabajo con las hormigas, canto como las cigarras,
celebro a los saltamontes, a los peces,
a las ratas.
A las orcas, a las moscas...
A todo lo que se mueve, a todo lo que me toca.
Aire, animal, planta, roca.
Viento amable o vendaval.

Soy naturaleza henchida.

El abrazo y la alegría de saberme comprendida.
Las huellas en la hojarasca.
El alma de las estrellas.
La quietud, la rebeldía.
La vida brotando eterna,
real, sin contradicciones. Sin prejuicios ni quimeras.

NOEMÍ MARTÍN (Tenerife). Es licenciada en Derecho y Periodismo, además de instructora de *mindfulness* certificada. Trabaja como jurista en temas medioambientales y colabora con diversos medios de comunicación. Ha publicado dos libros infantiles y un poemario ilustrado.

ENTRE RENGLONES

Aún no tenía claro qué hacía allí. Se había dejado convencer por su hijo, que estaba seguro de que le vendría bien pasar unos días en una casa rural, participar en talleres culturales orientados a la naturaleza.

Bajó del coche y no pudo dar un paso al contemplar la casa que las recibió, a ella y a las tres compañeras con las que había coincidido en el tren. Ni el aire frío del norte, que movía las hojas pintadas de otoño, ni la emoción por lo desconocido las hizo avanzar. ¡Qué maravilla de casa! Sus muros grises de piedra y ese aspecto un tanto lúgubre no le restaban encanto. ¡Qué lugar tan acogedor! Quizás fuera por las ventanas azules que enmarcaban el frontal, erguido al cielo con el tejado de pizarra, tan propio de la zona; o por la buganvilla fucsia que creaba un arco natural en la entrada. En ese momento tuvo claro que había hecho bien y que todo lo que pasara en esa casa sería un recuerdo inolvidable.

Avanzó con la maleta, inquieta por conocer a su compañera de habitación. Dio unos pasos sobre los adoquines del sendero, entre el césped moteado de dientes de león, y entonces la vio. Estaba sentada tomando una infusión frente al salón donde se impartirían los talleres de *Escritura de los sentidos*. Era de poca estatura, vestía ropa desenfadada y sus rizos grisáceos destacaban en su pelo. Sonreía con los ojos. Algo la pellizcó por dentro, pero con tantas emociones no prestó atención.

Continuó hasta que alguien la tocó por la espalda. Se volvió y la sonrisa de antes ahora la miraba: «Hola, sígueme, te acompaño a la

habitación, te ha tocado la individual». Esa sensación que había ignorado se intensificó. La siguió sin quitarle los ojos de encima hasta llegar a la buhardilla, su habitación durante esos tres días. Apenas tuvo tiempo de acomodarse cuando oyó su voz de nuevo: «En nada empieza el primer taller. Nos vemos abajo». No hablaron más.

Los días volaron entre talleres y sus intentos por acercarse, por hablar con ella o que cruzarse con su mirara. En la despedida la oyó decir que repetiría el próximo año y pensó que era demasiado tiempo sin verla.

Se agruparon frente a la fachada para la foto final y le tocó delante, dándole la espalda nuevamente. Cuando el fotógrafo hizo clic sintió cómo una mano buscaba la suya. Sus dedos se entrelazaron y sus pieles comenzaron un diálogo que aún hoy intentan descifrar, sin que sus manos se hayan soltado.

ROSA GLORIA GONZÁLEZ GONZÁLEZ. Toda mi vida me ha gustado estudiar, mis títulos lo confirman. He trabajado siempre en el mundo de las finanzas hasta que una enfermedad rara se cruzó en mi camino. La escritura me permite sacar esos sentimientos que se arremolinan en mí, como la fotografía, que muchas veces se une a mis letras. Soy una enamorada de la vida.

RECUÉRDAME LA LLUVIA

De cuando era niña no recuerdo haber sentido frío o calor, no recuerdo dejar de jugar por el viento o alguna tormenta: el sol, la luna, la tierra girando y yo jugando.

El mundo exterior era un conjunto de épocas de chinches, mosquitos y charcos, es ahora, con los cuatros sentidos dispuestos en la madurez de la memoria, cuando dejo aflorar esos recuerdos y ponerlos en valía: historias de vida.

Ir a la playa más cercana era una excursión llena de logística familiar, un viaje programado en coche, que, en una hora de duración, atravesaba la ciudad para después adentrarse en una carretera sinuosa, subiendo la montaña y zigzagueando la selva. Tímidas cascadas en las curvas, heliconias exuberantes, líquenes y musgos, neblina húmeda y un encanto de sonidos de aves y bichos invisibles que se diluían a medida que comenzaba el descenso a la vera del río. Las rocas ancestrales, pulidas por el temperamento de las lluvias, entorpecían su cauce por momentos impetuoso. El entorno era un decorado indómito de vida: matas de cacao cargaditas hasta tocar el suelo, las de mango, llenas de fruta atornasolada al punto de maduración y los quioscos metálicos vendiendo cambures, amarillitos, salvajes. La brisa salada anunciaba que el mar ya estaba cerca. La ansiedad por llegar se aniquilaba en la carrera hasta la orilla.

Mas no todo acababa ahí. La extraordinaria naturaleza seguía con su despliegue de encantos. El agua mansa y helada del río se colaba hasta un rincón de la bahía, bajo un manglar escondido, horadando la arena, donde moría dulce a la sal de las olas.

Lo demás se lo dejaremos al encanto de la idiosincrasia caribeña. El puesto de venta de tostones con pescado frito de la zona, el tipo del machete subiendo y bajando por el cocotero para hacer la famosa «cocada», el vendedor de los helados con un pregón imposible de reproducir en lenguaje y volumen, que neverita al hombro recorría la playa.

Y ahora te digo que, desde entonces, mucho ha llovido, pero ahora ya no tanto, y que antes había muchos charcos y muchas alfombras de chinches apestosos por los que saltar y que ahora le tengo miedo a los relámpagos y escondo mi piel del sol, y que voy resguardando la vida y la memoria en cuatro cuadraditos de Vivaldi para que la cronología me mantenga atenta a las nubes que se alejan.

CARMEN ROSA GONZÁLEZ MARTÍN. Escritora en construcción y amante de la buena literatura, siempre arañando tiempo para dedicar a las letras y al pensamiento en toda su extensión. Lee y escribe para vivir. Sentipensante, paciente y siempre expectante.

UN SUSURRO DE VIDA BAJO LA TORMENTA

Descalzo y con un chubasquero, cogí la cámara de fotos, me la colgué al cuello y corrí sin pensarlo hacia la playa. Una tormenta se estaba formando sobre los acantilados cercanos, envolviendo todo en una atmósfera inquietante. Cuando llegué, la lluvia caía incesante y los rayos urdían la inmensa nube negra que se había plantado sobre mi cabeza. El caos me hipnotizó. Empecé a sacar fotos en ráfaga, intentando capturar la majestuosidad del momento. Por unos instantes, los fogonazos de los rayos trenzaban las nubes e iluminaban los kilómetros de playa de Jeffreys Bay.

Cuando la tormenta empezó a desvanecerse y el cielo furioso se calmó, noté bajo mis pies que algo se movía tratando de salir a la superficie. Me aparté con sorpresa y, justo allí, donde había dejado mi huella, el suelo comenzó a moverse. No solo en ese punto, por toda la playa la arena parecía cobrar vida.

Entonces la vi: una pequeña cabecita se asomó, dudando entre salir o volver a esconderse. Una pequeña tortuga emergió de su escondite, sacando las aletas y mirando a su alrededor por primera vez en su vida.

Salió indecisa y, con un aleteo torpe, comenzó a dirigirse al mar a toda prisa. Con ella, cientos de tortugas más se apresuraban hacia la orilla

guiadas por el mismo instinto. La playa entera parecía regurgitar una marea de pequeñas criaturas que bajaban al mar como un río. Avanzaban a toda prisa, porque las voraces gaviotas se lanzaban en picado desde el aire para atrapar a aquellas recién eclosionadas que no se sumergían a tiempo.

Empapado por la lluvia, rodeado de tortugas recién nacidas que buscaban sobrevivir, y de aves marinas que, igualmente intentaban alimentarse para vivir un día más, me senté en la arena. Con el mar rugiendo frente a mí y los últimos rayos rasgando el cielo, me sentí pequeño y no pude sacar una foto más. Preferí quedarme sentado en la arena.

Preferí, simplemente, estar allí.

(Extracto de mi último libro *Diario de un mochilero analógico*)

SEBASTIAN MCLEAN (Tenerife, 1984) dejó la universidad para cumplir su sueño: viajar por el mundo. Más de una década después, regresó a su isla natal, donde ahora compagina su labor como profesor de inglés y su pasión por la escritura.

SEQUÍA

En la isla el sol no canta,
ruge mirando la tierra horadada.
Al cielo se elevan los árboles
haciendo plegarias con sus ramas.
Donde vivía el húmedo verde
nacen ríos amarillos y secos.
Y el pozo que salivaba la boca de la
tierra
araña sus paredes con ceniza.
En la isla el sol no canta,
llora ante nuestros ojos
con lágrimas de piedra.

ZOILA DÍAZ BENCOMO (Tenerife).
Licenciada en Filología, máster en Prevención
de Riesgos Laborales. Docente de Escritura
Autobiográfica y entrenamiento literario en
Culturalias.

Escrituras de la Macaronesia

Los poemas recogidos en este apartado son una pequeña selección de algunos de los poemas leídos en las jornadas del festival. Corresponden a destacados autores de los archipiélagos de Cabo Verde, Azores, Madeira y Canarias.

CABO VERDE

JORGE BARBOSA

JORGE VERA-CRUZ BARBOSA (Cabo Verde, 1902–Portugal, 1971), poeta, escritor y profesor, fue una figura destacada de la poesía caboverdiana. Sus obras son *Arquipélago* (*Archipiélago*) (1935); *Ambient* (también conocido como *The Circle*) (1941); *Caderno de um Ilhéu* (*Cuaderno de un isleño*) (1955). Los poemas incluyen *Meio Milénio*, *Júbilo* (*Jubileo*), *Panfletário* (*Folleto*), *Prelúdio* (*Preludio*)

PRELÚDIO

Caderno de um Ilhéu | 1956

Quando o descobridor chegou à primeira ilha
nem homens nus
nem mulheres nuas
espreitando
inocentes e medrosos
de trás da vegetação.

Nem setas venenosas vindas do ar
nem gritos de alarme e de guerra
ecoando pelos montes.

Havia somente
as aves de rapina
 de garras afiadas
as aves marítimas
 de vôo largo
as aves canoras
 assobiando inéditas melodias.

E a vegetação
cujas sementes vieram presas
nas asas dos pássaros
ao serem arrastados para cá
pelas fúrias dos temporais.

Quando o descobridor chegou
e saltou da proa do escaler varado na praia
enterrando
o pé direito na areia molhada

e se persignou
receoso ainda e surpreso
pensa n'El-Rei
nessa hora então
nessa hora inicial
começou a cumprir-se
este destino ainda de todos nós.

(TRADUCCIÓN)

Cuando el
descubridor llegó
a la primera isla,
ni hombres
desnudos
ni mujeres
desnudas
espiaban,
inocentes y
temerosos,
detrás de la
vegetación.

Ni flechas
venenosas
lanzadas desde el
aire
ni gritos de alarma
y de guerra
resonaban por los
montes.

Había solamente
las aves de rapiña
de garras
afiladas,
las aves marinas
de vuelo

amplio,
las aves cantoras
 silbando
melodías inéditas.

Y la vegetación,
cuyas semillas
llegaron atrapadas
en las alas de los
pájaros
cuando fueron
arrastrados hasta
aquí
por las furias de
las tormentas.

Cuando el
descubridor llegó
y saltó de la proa
del bote encallado
en la playa,
hundiendo
el pie derecho en
la arena mojada

y se persignó,
aún temeroso y
sorprendido,
pensó en Su
Majestad el Rey.

En ese momento,
entonces,
en esa hora inicial,
comenzó a
cumplirse
este destino que
aún es de todos
nosotros.

DESTINOS

¿Destroços de que continente,
de que cataclismos,
de que sismos?...

Ilhas perdidas,
esquecidas,
num canto do mundo...

Destroços de um naufrágio!...

Mas o naufrágio continua...

(TRA
DUC
CIÓN
)

¿Destrucción
de qué
continente,
de qué
cataclismos,
de qué
sismos
?...

Islas
perdidas,
olvidadas,
en un
canto
del
mundo...
o...

¡Destrucción
de un
naufregio!...

...Mas
el
naufra
gio
contin
úa...

AZORES

NATÁLIA CORREIA

NATÁLIA CORREIA (Isla São Miguel, 1923–Lisboa, 1993). Nacida en la isla de Miguel, fue una destacada poeta, novelista, intelectual, ensayista y activista política. Su poesía es conocida por su intensidad lírica y su compromiso con causas sociales y políticas.

MADRE ISLA

(traducción)

Esa mañana las garzas no volaron
y de los confines de la luz llamó un
dios.
Dulcemente tus pestañas se cerraron.
La tierra aulló. Todos los colores
cambiaron.
El mar enmudeció. El aire se detuvo.
Oscuros velos de llanto taparon el sol.
De las azaleas lívidas la isla se cercó.
¿A qué piélago o esquiife te llevaba?
No al término. A no llorar los
muertos

tu florido sumo espiritual enseña.
Y si el mundo en ti comenzaba,
en tu misterio entre astros absortos,
suavemente, oh, madre, todo termina.

EL POEMA

(traducción)

El poema no es el canto
que del grillo hasta la rosa crece.
El poema es el grillo
es la rosa
y es aquello que crece.

Es pensamiento que excluye
una determinación
en la fuente donde él fluye
y en aquello que describe.

El poema es lo que en el hombre
más allá de sí se atreve.
Y los sucesos son piedras
que trasciende la poesía
en la ya lejana noción
de describirlas.

La misma noción es solo
nostalgia que se desvanece
en la poesía. Pura intención
de cantar lo que no conoce.

LAS FLORES

(traducción)

De morado, la violeta
Para el luto siempre atenta
Suavemente sabe
Que todo acaba en sombra.

II

En la luz callada del jardín
Hay siempre una tarde única
Para que un dios nos declare
Su amor en un tulipán.

III

Fugaces, los jacintos,
Ebrios de núbil vida
Son carcajadas que salen
Del corazón del día.

IV

Pensando en sí mismo
Pienso en lo poco que somos
El narciso en el espejo
Desde su último sueño.

MADEIRA

MARIA AURORA CARVALHO HOMEM

MARIA AURORA CARVALHO HOMEM (1939-2010) nació Funchal (Madeira) y fue una escritora, periodista y poeta. Su obra incluye poesía, cuentos y crónicas. A través de su escritura, exploró temas como la identidad, la naturaleza y las tradiciones de Madeira. Algunas de sus obras incluyen: *Um Resto para Contar*; *Crónicas de Encantar*.

(original)

Percorro-te	meu olhar
A língua de cetim	Roubou a altivez do
A prolongar o êxtase	seio cheio
As mãos de seda	Secou o rio manso
No rio do teu corpo.	do meu ventre
Afloro a nascente:	Cobriu de
E num grito	pergaminho a minha
Todo tu és torrente.	mão
	É tarde, muito tarde
É tarde, meu amor	Mas... por dentro
É muito tarde.	Ainda bate, por ti, o
O tempo implacável	coração.
me consome	
E destrói o vigor do	in <i>Discurso Amoroso</i>
corpo moço:	(Porto 2006)
Apagou o fulgor do	

CANARIAS

MERCEDES PINTO

MERCEDES PINTO ARMAS (Tenerife, 1883–México, 1976), escritora canaria de reconocimiento internacional. En 1924 da una polémica conferencia sobre el divorcio como medida higiénica en la Universidad Central de Madrid, influida por su experiencia matrimonial, y tiene que abandonar España. Antes de establecerse definitivamente en México con sus hijos, vive, escribe y cosecha éxitos en Uruguay, Chile y Cuba. Actriz, dramaturga, poeta, articulista, su visión de la condición femenina fue transversal y precursora de la perspectiva de género.

¿LOS ANIMALES TIENEN ALMA?

Ventanas de colores

Vivía yo en Tenerife, en una hermosa casa, con un jardín extenso, con árboles frutales y un laurel que parecía el patriarca del huerto, por viejo, por enorme y frondoso, con follaje continuamente renovado, espeso y protector de eterna sombra, con ramas verde oscuro que penetraban por la ventana de mi escritorio y se quedaban repicando en los cristales cuando yo la cerraba y me hacían sonreír con su terco sonido, como deseando entrar y tocar mis cabellos como lo hacían cuando yo me sentaba junto al balcón abierto...

Los pájaros de todos colores piaban y cantaban en el laurel frondoso, cuando una tarde vimos caer en el piso del cuarto un lindo pajarito amarillo, que se dejó tomar por mis manos dando ligeros

estremecimientos... Mis niños acudieron y notamos que el pájaro tenía una larga espina atravesando la patita izquierda... Nos quedamos atónitos y yo dispuse una curación rápida. Saqué la espina lavando la herida con agua boricada y lie toda la patita con una ligera gasa. Acosté al animal en una cestita con algodones y puse todo sobre el alféizar de la ventana, sujetando la pequeña cestita a una de las ramas del árbol para que el animalito se sintiese libre al aire y al sol... En una farmacia me dieron luego un líquido rojo que me dijeron que era yodo en mínima reducción y todos los días curé la herida con aquel líquido que, por cierto, manchó de rojo la punta de un ala del enfermo pajarito.

En la cestita pusimos siempre migas de pan y alpiste y, poco a poco, el pájaro fue enderezándose, piando y reponiéndose, hasta que un día voló de la cestita y desapareció.

Pero ¿cuál no sería mi asombro y la loca alegría de mis niños, cuando vimos que el pajarito enfermo, todavía con el ala teñida de rojo, venía trayendo pajas que colocaba en la cestita donde había pasado su enfermedad que aún estaba allí, atada a la verde rama de laurel, como si estuviera esperando? Porque el pájaro de la patita herida no era «pájaro» sino «pájara» y, en su cama de enferma, fabricó su nido y allí puso cuatro diminutos huevecillos. Allí una pareja de amor incubó a sus hijos, como una ofrenda a la mujer que un día le dio ternura y curación.

Los pajaritos nacieron «dando con el ala en los cristales», como en el poema del divino Gustavo Adolfo Bécquer... y cuando los vaivenes de mi vida me llevaron de aquella casa y de la Isla amada, mis hijos y yo nos preguntábamos con emoción: «¿Se acordará la pajarita de nosotros, como la recordamos a ella?». Yo los apretaba contra mi corazón y les aseguraba que sí, que, entre las ramas del jardín lejano, nuestras almas estarían siempre jugando con los pájaros...

Este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.



Este libro es el resultado del *II festival CLiMA: Creación Literaria por el Medioambiente*, ideado y realizado por Culturalias. Colaboran:

